LA GUERRA SOCIAL

André Léo

VIRUS

LA GUERRA SOCIAL

André Léo

VIRUS

LICENCIA CREATIVE COMMONS // AUTORÍA - NO DERIVADOS // NO COMERCIAL 1.0

creative commons

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:
Autoría-atribución: se deberá respetar y hacer constar la autoría del texto y de su traducción.
No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.
No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.
Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara, y sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

© 2016 de la presente edición, Virus editorial
© 2016 de «André Léo (1824-1900): escritora del siglo XIX», Fernanda Gastaldello

Título original:
La guerre sociale (1871)

Traducción del francés: Transversales
Edición y corrección: Paula Monteiro

Diseño de colección, cubierta e ilustraciones:
Pilar Sánchez Molina

Maquetación: Virus editorial

Primera edición: octubre de 2016

ISBN: 978-84-92559-71-8
Depósito legal: B-15262-2016

Virus editorial y distribuidora SCCL
C/ Junta de Comerç, 18 baixos
08001 Barcelona
T. / Fax: 93 441 38 14
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

Índice

La guerra social 7

André Léo, escritora del siglo XIX 59
I. Los primeros años en Poitou 65
II. Suiza, primer período (1851-1860) 74
III. Novelista antes de la Comuna (1861-1870) 79
IV. La actividad de periodista (1867-1870) 96
V. El encuentro con Benoît Malon 108
VI. La defensa de los derechos de la mujer 110
VII. La militante política antes de la Comuna 120
VIII. La Comuna 130
IX. El exilio 146
X. Los últimos años 165
Apéndice: 12 mujeres de la comuna 180
Bibliografía de André Léo 176

Aclaración previa:

En el discurso de André Léo, las notas al pie y las aclaraciones corresponden a los editores salvo cuando se indica «Nota de los traductores» *(N. de los T.)*. En la biografía, de Fernanda Gastaldello, las notas corresponden a la autora, salvo en los casos en que se indica *(N. de los E.)* o *(N. de los T.)*.

LA GUERRA SOCIAL

Discurso en el congreso de la Liga de la Paz y la Libertad en Lausana (1871)

Eulalie Papavoine, deportada por el incendio del edificio de la Légion d'Honneur

En 1867, cuando se formó la Liga de la Paz y la Libertad,[1] esta era la expresión en Europa, especialmente en Francia, de una idea muy moral, muy justa, que se sorprendía al encontrar aún las leyes de la guerra en el código de las naciones civilizadas, o que se autoconsideraban como tales, y que se indignaba cuando, de tanto en tanto, amenazas y rumores de guerras se instalaban en la política cortesana y perturbaban los asuntos públicos. Hubo entonces una especie de cruzada llevada a cabo por escritores

[1] Impulsada por Charles Lemonnier, fue fundada oficialmente en Ginebra en 1867, con un discurso antibelicista y a favor del federalismo europeo. En sus comienzos, recibió el apoyo de la AIT y de todas las tendencias del movimiento obrero internacional, desde Bakunin hasta Marx, y también de personalidades e intelectuales como Aleksandr Herzen, Élie y Élisée Reclus, Giuseppe Garibaldi, John Stuart Mill o Jules Favre.

y propagandistas, a la que la Liga dio más consistencia, ampliando su impacto. También fue, al mismo tiempo, una protesta contra los poderes reales e imperiales que disponen de la vida de las personas y sólo se escuchan a sí mismos y a sus cálculos monstruosos.

Ellos, en efecto, han hecho la guerra de 1870, pese a ustedes y a la opinión pública. Los monarcas no pueden ser reconvertidos. Afortunadamente, no ocurre lo mismo con el punto de vista de la opinión pública, que sí había comprendido lo que ocurría. El significado de los males de la guerra y de su locura se extendió con rapidez entre el pueblo y este sentimiento tuvo mucho que ver con la consternación y la indignación que causó en Francia la declaración de guerra del 15 de julio de 1870.[2] Podemos decir con certeza, como ustedes reconocen, que las guerras, falsamente llamadas nacionales, son solo guerras monárquicas. La guerra y la monarquía se sostienen mutuamente, viven y mueren juntas. Su Liga es indudablemente republicana y su trabajo y su actividad están claramente definidos en ese sentido.

[2] En esta fecha, Napoleón III traslada al Parlamento la aprobación por parte del Parlamento francés de los créditos para la guerra, que sería declarada el día 19 del mismo mes, iniciándose así la contienda franco-prusiana.

Pero hay otra guerra que no han considerado y que supera en mucho a la otra en estragos y frenesí. Estoy hablando de la guerra civil.

Existe en Francia desde 1848,[3] pero muchos se obstinan en no verla. Hoy en día, ¿qué sordos no oyen los cañones de París y Versalles? ¿Y esos tiroteos en parques, cementerios, en terrenos baldíos y en las aldeas de los alrededores de París? ¿Qué ciegos no han visto, primero durante el día y, más tarde, por la noche, esas carretas llenas de cadáveres, o a esos prisioneros, hombres, mujeres y niños, llevados a la muerte por cientos bajo el fuego del pelotón o de las ametralladoras? ¿Y esas largas filas de desgraciados, derrotados, desgarrados, a los que se insultaba, se maltrataba, se obligaba a arrodillarse, para vergüenza de la humanidad, en el camino de Versalles? ¿Quién no oye en su corazón, a menos que no lo tenga, el grito de 40.000 personas trasladadas sin juicio, apiladas cuatro o seis meses en los muelles de nuestros puertos?

Para ocultar estos horrores, se han utilizado todas las palabras que el idioma pone a disposición de los retóricos para luchar contra la verdad.

[3] En febrero de ese año, una insurrección popular obligó a la abdicación del rey Luis Felipe I y dio paso a la II República francesa.

Siendo tan culpables, han acusado mucho. Mucho han gritado para no dejar escuchar. Durante cuatro meses, sobre todo en los dos primeros, la calumnia ha extendido desbordante todas esas hierbas venenosas que marcan con el sello de la infamia la causa que abrazan. Y otros, amedrentados bajo el terror reinante, han repetido vilmente esas acusaciones y calumnias. Se ha llamado «asesinos» a los asesinados, «ladrones» a los robados, «verdugos» a las víctimas.

Sé que se puede criticar a la Comuna. He deplorado más que nadie y he maldecido la ceguera de esos hombres —me refiero a la mayoría de ellos— cuya estúpida incapacidad llevó a la pérdida de la causa más bella. ¡Qué sufrimiento verla perecer día a día! Pero hoy ese resentimiento inspira lástima. Desde mayo, tengo que hacer un esfuerzo para recordar los errores de la Comuna. Ya no podemos verlos ante el desbordamiento de crímenes que han pasado por encima de ellos. La profusión de infamias que les han seguido les han hecho honorables en comparación.

Permítanme responder a las dudas que probablemente existen sobre este tema en la mente de muchos, comparando lo más sucintamente posible las acciones de ambas partes. Pues, en mi opinión, ustedes tienen que

tomar partido ante este terrible drama, que no ha terminado ni terminará en mucho tiempo, ante el que no se puede ser neutral. No pueden ustedes llamarse Liga de la Paz y la Libertad y permanecer indiferentes ante estas matanzas, ante esta violencia.

¿De qué se acusa a los revolucionarios de París? De saqueos, asesinatos, incendios. El saqueo de las casas de París es una calumnia firmada por Thiers y expandida en miles de ejemplares pagados con el dinero de Francia para engañar a Francia. No hubo saqueos. Admitamos que hubo medidas financieras cuestionables, aunque quizá menos cuestionables que las de Pouyer-Quertier.[4] Hubo algunas confiscaciones arbitrarias, pero enseguida fueron sancionadas y reparadas. Durante los dos meses en que París estuvo completamente en manos de los pobres, reinó el orden, el verdadero orden, el que es tanto seguridad como decencia, un orden diferente al orden del lujo, el despotismo y la corrupción, ese orden de Varsovia que actualmente prevalece en París. Los que vivían allí lo saben. Si ha habido excepciones, aquí y allá, han sido escasas. Sólo los sacerdotes

[4] Augustin Thomas Pouyer-Quertie (1820-1891) fue un capitalista algodonero y ministro de Finanzas entre el 25 de febrero de 1871 y el 23 de abril de 1872. *(N. de los T.)*

fueron objeto de persecuciones personales lamentables que no pretendo excusar, digo la verdad y comparo. Algunas personas les hablarán de los peligros que corrían. Preguntadles bien, ¡porque sufrieron sólo sus propios miedos! Que os muestren sus heridas.

En algunos servicios, por culpa de algunos agentes, se ha despilfarrado. ¿Las administraciones monárquicas estaban exentas de ello? Todos los servicios estaban desorganizados y se dispuso de menos de dos meses, con batallas diarias, para recrearlos y poner todo en orden. Cierto, quedó mucho por hacer, pero no dispusimos de tiempo para ello. Al menos, reinó un gran ahorro general, una gran simplicidad. En el Ministerio de Educación, en lugar de esa tropa de gente con librea que había seguido allí tras el 4 de septiembre de 1870,[5] sólo quedaron una mujer de la limpieza, un empleado de la antecámara y un portero.

Desde entonces, ¿qué ha ocurrido en este París, entregado al poder de la gente de orden? Todas las casas han sido registradas y allanadas, de arriba abajo, no sólo una vez, sino dos, tres y cuatro. Y, en esos allanamientos, con frecuencia se han cometido robos y pillajes. Conozco muchos casos

[5] Proclamación de la III República francesa. *(N. de los T.)*

particulares, pero sólo citaré uno generalizado. Todos los fusilados fueron despojados de lo que llevaban, dinero o joyas. Y el dinero, y a menudo las joyas, se distribuyeron entre los soldados como prima de asesinato.

Bajo la Comuna no se cometieron asesinatos, salvo la ejecución de algunos espías, siete en total, en los puestos avanzados; hecho usual en las guerras. Todo el estrépito que hizo la mayoría de la Comuna, todas esas amenazas, todo el pastiche de 1793,[6] consistía sólo en palabras, frases, decretos. Simple pose. La ley de los rehenes no se aplicó, gracias a la minoría y, creo también, a la secreta repugnancia de los imitadores del terror, que a pesar de ellos mismos formaban parte de su tiempo y de su partido, pues la democracia moderna es humana. La ley de los rehenes no se aplicó hasta el 23 de mayo por la tarde, cuando la autoridad de la Comuna ya no

[6] Se refiere a la creación entre septiembre y octubre de ese año del Comité de Salvación Pública y el Comité de Seguridad General, dirigidos a confrontar la alianza bélica de las monarquías europeas contra la Revolución francesa y a la represión de los partidarios de la restauración monárquica. Meses más tarde, ocurriría lo que históricamente se conoce como la Reacción de Termidor, en referencia a la fuerte represión ejercida por el gobierno republicano.

existía de hecho, pues la última reunión fue el 22. Estas ejecuciones se llevaron a cabo por orden exclusiva de Raoul Rigault y de Ferré, dos de las más lamentables personalidades de la Comuna, que hasta entonces no habían cesado, siempre en vano, de reclamar medidas sanguinarias. No obstante, hay que añadir que esas represalias no se produjeron hasta que transcurrieron dos días y dos noches de fusilamientos versalleses, durante los cuales la gente de orden había fusilado a centenares de personas hechas prisioneras en las barricadas: hombres que habían depuesto las armas, mujeres, adolescentes de quince y dieciséis años, personas sacadas de sus casas, delatadas, sospechosas, ¿qué más daba?, no tenían tiempo para investigar cada caso.

Se mataba en masa; se recurrió, para ir más deprisa, a las ametralladoras. Hay bastantes testigos que escucharon sus fuertes chasquidos, en el Luxembourg, donde, sobre las aceras que corren junto a sus verjas, los pies resbalaban sobre la sangre. Y también podemos hablar del cuartel Lobau, en el barrio St. Victor, cerca de la Villette...

En cuanto a los incendios, queda mucho por investigar. Pero hay tres cosas que pueden decirse con certeza:

• Esos incendios han sido sobredimensionados, exagerados desmesuradamente y utilizados de manera odiosa con propósitos de venganza.

• Varios de los incendios fueron iniciados por los obuses de los asaltantes.

• Las casas quemadas por los federados lo fueron por necesidades de defensa, no con el fantástico proyecto de quemar París que se les imputa. Los soldados entraron por las casas contiguas a las barricadas y, desde ellas, disparaban contra los defensores. Por lo tanto, o se quemaban esas casas o había que renunciar a la lucha.

En cuanto a la quema de las Tullerías, la prefectura de Policía, el Palacio de Justicia, la Legión de Honor, etc., no se conoce el nombre de los culpables. Cuando recordamos el primer incendio fallido en la prefectura de Policía, ocurrido el pasado noviembre; cuando pensamos en el interés que tenía esa gente en destruir algunos papeles; cuando pensamos en los agentes de Versalles que llenaban París, o en la *inteligencia* de las llamas que han respetado en monumentos y colecciones todo aquello cuya pérdida hubiera sido irreparable; cuando pensamos en la dudosa situación jurídica del poder legal ante Francia, que le era hostil, que si no aprobaba

la Comuna, al menos sí reconoció la legitimidad de las reivindicaciones de París; cuando pensamos en el peligro que conllevaba la aplicación del plan de exterminio dictado por una política a lo Médicis, acariciada por un odio implacable, peligro tal que el vencedor podría sucumbir por su victoria; entonces se entiende que sólo un gran crimen atribuido a los federados podría excitar la cólera pública y permitir este exterminio y estas venganzas. Y podemos sospechar que, tras el incendio de París, se esconde uno de los más terribles misterios que la historia tiene aún que penetrar.

La historia de las repúblicas, como la actual República francesa, se asemeja mucho, por desgracia, a la de los imperios. No sale a superficie ni se expone a la luz. Para quien la haya observado bien, desde el 4 de septiembre esta historia es el desarrollo de una conspiración monárquica, inmediatamente formada, y que entra en guerra contra la República al mismo tiempo que los prusianos. Y esta guerra latente es la principal, pues la otra se convierte en su campo de desarrollo, en su alfombra, y de aquella proviene su resultado.

Es bien conocido que los monárquicos, como sus príncipes, nunca tuvieron patria; así les vemos, desde que Francia fue derrotada, arrojándose descaradamente como chacales hambrientos sobre la presa. La primera preocupación de los falsos republicanos del 4 de septiembre no es el enemigo de la nación sino la democracia popular. Después de todo, Guillermo I de Alemania[7] es un rey; entre los reyes y los conservadores siempre puede alcanzarse un apaño. Lo peor es tener que pagar, pero eso atañe al pueblo. ¡Pero el dominio de tendencias populares! ¡Pero el socialismo! ¡Por Dios! ¡Tener al pueblo como amo en vez de gobernarle! ¡Ver en peligro esa dorada ociosidad, conquistada al precio de tantas otras capitulaciones!

Ellos no tienen otro miedo ni otro objeto de preocupación, y por ello sacrificaron a Francia. Para ellos, la República victoriosa, sacando al país del abismo al que había sido arrojado por la monarquía, podría ser el fin del viejo mundo. París, sobre todo París, les aterroriza. París socialista, París armada, deliberando en sus clubes, en su consejo y autoadministrándose. ¡Liberado el genio al que tuvieron cautivo tanto tiempo, sin dejar de ser peligroso! ¡Qué ejemplo! ¡Qué propaganda! ¡Qué peligro!

[7] Guillermo I (1797-1888) fue rey de Prusia desde 1861 y emperador de Alemania desde 1871 hasta su muerte.

Y, además, París es el único lugar donde puede asentarse el trono. Pero el pueblo había ocupado ese lugar, ¡el pueblo en armas! Por lo tanto, era necesario despejar el terreno a cualquier precio.

Ahora bien, el pretexto para una medida semejante sólo podía ser alguna fechoría de la población, un uso abusivo de sus armas, una insurrección tal vez, que permitiera fusilar y encarcelar demócratas. Este plan no es nuevo, es casi tan antiguo como la aristocracia. Los conservadores ya no inventan nada... pero siguen perfeccionando. En efecto, hasta ahora nunca se había hecho nada similar tan a lo grande.

Por lo tanto, desde finales de febrero hasta el 18 de marzo, casi todos los días, al paso de los trenes por las estaciones de las zonas rurales se propagaba que se estaba luchando en París y que París ardía, a lo que los campesinos reaccionaban diciendo «Después de tantas desgracias, estos bribones de París no nos dejarán vivir en paz».

¿Quiénes habían utilizado el asedio de cinco meses —los cinco meses de silencio forzado de París—, para persuadir a los campesinos de que habían sido los republicanos quienes habían forzado al Imperio a hacer la guerra y de que los parisinos no sólo se negaban a luchar contra los prusianos sino que también impedían al general Trochu organizar incursiones, ante la necesidad de usar las tropas para contener los disturbios internos?

¿Quién se atrevería a repetir en esta tribuna esa calumnia descarada, ante París indignado, ante la conciencia ultrajada de quienes han compartido los dolores de este asedio, peores que las privaciones, y ante el ferviente patriotismo del pueblo de París, culpable sólo de una paciencia y una credulidad demasiado grandes ante sus gobernantes? De esa manera se ha excitado a Francia contra París, que había creado la República y quería mantenerla. Así se ha estigmatizado a la víctima antes de ejecutarla, arrebatándole, antes de tender la trampa en que debía perecer, todas las simpatías que podía tener a su alrededor. Tal y como han confesado todos los periódicos moderados, el ataque del 18 de marzo[8] fue una provocación. La retirada inmediata del gobierno de todos los servicios públicos y el rápido traslado de todas las cajas y materiales de la Administración dan prueba de un plan preparado de antemano. El motín

[8] Ese día, el Ejército francés intentó recuperar el control del armamento existente en Montmartre y Belleville, dos de los focos más importantes de la Comuna, provocando la resistencia de la población y la rebelión de una parte de la tropa.

Josephine Marchais, condenada a muerte por el incendio del Tribunal de Cuentas.

se convirtió en una revolución. No decayó el ánimo del tramoyista de este drama. París fue de nuevo aislado y la calumnia oficial, de la que el Imperio había hecho una institución, se convirtió en un servicio público, con el apoyo de todo el coro de oficiosos calumniadores.

París agonizaba a sangre y fuego... en las provincias. Se decía que los niños eran arrojados al Sena y los ancianos crucificados en los muros. La humanidad parecía dividida en disolutos e ingenuos, en gobernantes y gobernados. La buena gente se creyó todo esto... porque se lo dijeron. He visto a personas educadas, inteligentes, demócratas, que no podían entrar en París sin echarse a temblar.

¿Cuántos espíritus independientes hay que hayan asegurado que, cuando sólo hablan los vencedores, cuando los vencidos no pueden alegar ni desmentir nada, es de justicia y de sentido común no juzgarlos?

¿Cuántas personas hay que hayan querido dudar de las acusaciones calumniosas, contra la gente y los hechos de la Comuna, contra quienes hayan tomado partido por ella, expandidas extraoficialmente en los periódicos y repetidas odiosamente por los demás? Me permitiré mencionar dos hechos como ejemplo, y si son demasiado personales, lo que habría

evitado en cualquier otra ocasión, es porque los testimonios son más concluyentes cuanto más directos sean.

No contentos con haberme detenido, interrogado y, finalmente, soltado, aunque sin haber renunciado a mi libertad, en un rincón prudente, en un periódico conservador, cuyo nombre no menciono por pudor, se atrevieron a mezclar extractos de artículos escritos por mí con fragmentos falsos en los que se me hacía pedir fusilamientos a la Comuna. También se me atribuía haber pronunciado un discurso tras la caída de la columna de la Place Vendôme y haberla trasladado en triunfo, cuando no he puesto un pie en esa plaza y no he dejado de lamentar esas demoliciones infantiles.

Otro hecho: nos enteramos por carta de la llegada a Suiza de uno de nuestros amigos. Tres días más tarde, *Paris-Journal* publicaba que este comunero había sido detenido en un burdel y le atribuía frases groseras.

Estos dos hechos, de los que puedo dar fe, ¿no os dicen nada sobre lo que hay que pensar en otros casos similares? ¿Acaso este sistema, aplicado bajo protección del gobierno y por él mismo, no demuestra la existencia de una facción capaz de todas las infamias y todos los crímenes

para lograr su objetivo, así como la existencia de un plan global que tiene preparadas sus consignas y funciones?

Desde todos los rincones de Francia, cuántas gestiones se han hecho para evitar esta guerra fatal y salvar París, cuántas delegaciones se han formado, cuántos intentos, cuántos proyectos de conciliación, cuántas solicitudes. La Comuna no pretende atribuirse haber apoyado abiertamente todas ellas, pero nunca se negó a nada, ya que Versalles no hizo ninguna concesión. El *no possumus* de Thiers[9] estuvo a la altura del utilizado por el Papa. Era inútil preguntarle: ¿Aceptaría usted esto o aquello? Él sólo quería una cosa, aquella que se estaba intentado impedir: el exterminio de los demócratas y el aplastamiento de París.

Y lo logró. Esta conspiración de mentiras, crímenes y monarquía ha triunfado. Los caminos del trono han sido despejados. La libertad ha vuelto a ser encadenada, el pensamiento ha sido esposado y, gracias al miedo, todo les está permitido a los que reinan. La ciudad que fue la capital del mundo, y que ya ni siquiera es la capital de Francia, perdió a sus ciudadanos, pero

[9] Adolphe Thiers (1797-1877) fue presidente provisional de la III República entre 1871 y 1873. *(N. de los T.)*

ha recuperado a petimetres y cortesanos. Toda su sangre generosa ha corrido por sus arroyos y ha tintado de rojo, literalmente, las aguas del Sena. Durante ocho días y ocho noches se ha hecho una gran masacre humana, para que el París de la revolución se transforme en el París de los imperios.

He visto esos días de sangre; durante esas noches horribles escuché el fragor de los pelotones y de las ametralladoras. He recibido muchos testimonios, he recogido confesiones escritas de los mismos asesinos, ebrios de feroz alegría. Nunca se apaciguará mi indignación. Mientras viva, allá donde pueda ser escuchada, daré testimonio contra esta monstruosa encarnación del egoísmo, la hipocresía y la ferocidad, que el vulgar imbécil acata como partido del orden, «razón social» tras la que se esconden descaradamente sus garitos, sus antros y sus lupanares.

¡Y siguen hablando de 1793! ¡Y el espectro rojo, pese a andar en andrajos, aún sirve como espantapájaros para los plumíferos! ¿Qué fue el terror rojo del siglo pasado, al que la democracia no ha vuelto a recurrir, qué fue esa crisis fatal explicable por el hambre y el peligro, en comparación con estos terrores tricolores, con este terror de 1871 mucho más espantoso y que no deja de crecer en rabia e intensidad? ¿Qué mes de 1793 podría

equivaler a esta semana sangrienta, en la que, como dicen sus propios periódicos, 12.000 cadáveres quedaron esparcidos por el suelo de París? En 1793, hubo espacio suficiente en las cárceles, pero ahora se han utilizado también las llanuras de Versalles y los muelles de los puertos.

El terror tricolor manifiesta la superioridad de la ametralladora sobre la guillotina, la enorme distancia que separa, en la maldad, la intencionalidad del arrebato. La guillotina, al menos, asesinaba a plena luz del día y sólo una vida por vez. Ellos han matado durante ocho días y ocho noches primero y, luego, durante más de un mes, sólo por la noche. Dos personas honorables, que viven en torno a dos puntos opuestos del Luxembourg, me han asegurado que aún oyeron los lúgubres disparos en la noche del 6 de julio.

Sólo sé de 64 víctimas de la Comuna, y eso si se insiste en atribuirle la ejecución de rehenes que nunca ordenó, mientras que la cifra más baja de víctimas causadas por el otro bando se cifra en 15.000, y muchos hablan de 20.000. ¿Pero quién puede contar los muertos en una matanza sin freno, en una masacre sin juicio, sin más regla que el grado de ebriedad del soldado o el grado de furor político del oficial? Pregunten a las familias que

buscan en vano a padre, hermano o hijo desaparecido, de los que nunca tendrán un certificado de defunción.

Cuando contemplamos estos hechos y vemos el estigma asociado a ¡las víctimas!, nos quedamos anonadados y nos preguntamos qué broma es esta a la que llaman *opinión* o *conciencia humana*. Sí, quienes acusan son los asesinos. ¡Sus gritos lo ocupan todo! Y a las víctimas se les niega hasta el derecho de asilo, alegando la moral ultrajada y el santo pudor. ¿Qué es esa moral ? ¿Qué es esa justicia? ¿Qué pasó con el significado de las palabras? Este mundo se considera escéptico, este siglo se dice incrédulo, ¡pero cree en las lágrimas de Thiers, en la indignación de Jules Favre, en la sensibilidad de los verdugos y en los juramentos de los falsarios! ¿Por qué no creer entonces en el honor de Luis Bonaparte?

¡Ay!, ¿tal vez la política de esta desgraciada humanidad no consistirá nunca en otra cosa que en un cambio de nombres? Ustedes, señores, representan aquí el pensamiento inteligente de las clases ilustradas, que creen en la paz, que creen en la libertad y, por lo tanto, en la conciencia humana. Es su deber protestar contra tales crímenes. Sería demasiado infantil y demasiado falso fingir no verlos cuando colman el mundo, cuando este país en el que estáis ha acogido a muchos de los huidos de ese naufragio. Lo repito, vuestro deber es hacer todo lo contrario. Sois la Liga de la Paz... ¡y se está matando! Los fusilamientos han vuelto a comenzar, ahora en Marsella, pronto en Versalles. Antes, sin juicio, ahora con una parodia de justicia, pero siguen siendo vencedores ejecutando a vencidos. Ustedes son la Liga de la Libertad, y 40.000 hombres se amontonan en los muelles. Todas las libertades, de nuevo, son violadas y el terror ha reinado en París durante cuatro meses. Es la vieja barbarie, victoriosa sobre todos los instintos del nuevo mundo. Deben protestar contra ella y desterrar de la humanidad a estos asesinos y a estos liberticidas.

Porque, aun sin tener en cuenta la libertad, ustedes no son de esos que confunden la paz con el silencio. Ustedes saben que este régimen no está preparando la paz ni los medios para la paz, sino la resistencia al progreso, el recorte de la libertad y la negación de las nuevas necesidades de la humanidad del siglo XIX. Todo esto, como ustedes saben, sólo sirve para preparar nuevas guerras, guerras sociales terribles como la que acaba de tener lugar. Ustedes creen que la paz en el mundo de hoy está vinculada al desarrollo de la inteligencia, de la moralidad y del bienestar de los pueblos. Sin embargo,

¿cómo va a cumplir ese triple objetivo el Gobierno de Versalles, aunque también se presente como salvador del orden, la moral y el bien común?

¿Con leyes financieras que costean los gastos de la guerra disminuyendo el consumo de los pobres y que no encuentran otra cosa mejor sobre la que establecer impuestos que las necesidades del pensamiento? ¿Con ese odio inmenso que ha llenado sus almas? ¿Con sus asesinatos, sus insultos, sus prohibiciones?

Sabemos en qué estado han dejado la industria estos conservadores. Los talleres, ya despoblados para llenar los cementerios, quedan ahora desiertos a causa de una emigración de proporciones irlandesas, inédita hasta ahora en París. Aquellos de nuestros mejores trabajadores que aún siguen aquí terminarán llevándose al extranjero sus habilidades y sus métodos, y Francia, como ya ocurrió tras la Reforma o tras la revocación del edicto de Nantes,[10] dispersará por el mundo entero lo que queda de sus fuerzas vitales ya desangradas por el hierro asesino. Nótese de paso que,

[10] El edicto de Nantes fue firmado en abril 1598 por Enrique IV y permitía la libertad de conciencia y de culto de manera ilimitada, y estaba dirigido en concreto a dar cobertura a los protestantes, a los que también otorgaba «lugares de refugio» que les permitían mantener algunas plazas militares. Este último aspecto, entre otros, fue revocado parcialmente en 1629 por Luis XIII y totalmente en 1685 por Luis XIV, que prohibió el protentantismo en toda Francia.

si bien antes casi todas estas expatriaciones tenían su origen en las ideas, estas otras lo tienen en el hambre.

Todos ustedes creen que la única salida a este período fatal se encuentra en la educación popular y el sufragio universal, pues de otro modo moriremos. Si continuamos en las tinieblas en que nos encontramos, moriremos, y nadie puede negar que Francia está ya muy enferma y disminuida. Si penetra la ilustración, viviremos una vida más larga, más feliz, más fuerte. Pues bien, ¿qué hace el gobierno actual de Francia por la educación pública?

La revolución del 18 de marzo había liberado la escuela de la inmunda y funesta enseñanza de los curas, ahora restaurada. Este gobierno, defensor de la moral, ¿ignoraba la horrible corrupción a la que es sometida la infancia y que, a pesar de los muchos obstáculos puestos en su divulgación, estalla frecuentemente en escándalos terribles? No, sin duda, no lo ignoraba, pero ¿qué le importa? Al fin y al cabo, la manipulada historia

escrita al modo de Jean Nicolas Loriquet[11] y el dogma de la obediencia son de gran utilidad para moldear a los electores. Y, además, la corrupción también sirve para promover el embrutecimiento.

Al frente de la Instrucción Pública se encuentra un hombre —el único residuo que queda del 4 de septiembre [la proclamación de la III República, en 1870]—, que encandiló a los ingenuos. Autor ligero de varios gruesos libros, *La Religion naturelle* entre otros, este hombre construyó su reputación en torno a este gran tema, esta necesidad prioritaria, la educación pública. Desde hace un año, esta se encuentra bajo su dirección. Durante el asedio de París, la mayoría de las municipalidades, muy involucradas en ese sentido, nombraron comisiones que propusieron reformas, en primer lugar la exclusión de los curas de la educación pública. El ministro no las contrarió, incluso las invitó amablemente a elaborar planes y recibió sus peticiones, pero no hizo caso alguno. Las comisiones pronto se dieron cuenta de que el director de servicio, verdadero amo del Ministerio, seguía siendo el mismo clerical al que Su Majestad Napoleón III se había dignado confiar esas delicadas funciones. En vano se pidió su destitución; siguió en su puesto y aún continúa allí.

[11] Jean Nicolas Loriquet (1760-1845) fue un historiador y teólogo francés.

¿Cómo no admirar la abnegación del ministro titular, cubriendo así la continuación del sistema oscurantista bajo el manto de una reputación adquirida con la idea democrática? Sólo el amor al orden a cualquier precio puede dictar tales sacrificios, pero está claro que los considera necesarios y que, sobre esto, no hay nada que podamos esperar de él. No, no podemos esperar nada, porque en realidad sólo hay dos partidos en este mundo: el partido de la ilustración y de la paz para la libertad y la igualdad, y el partido del privilegio, de la guerra y de la ignorancia. No hay, no puede haber ningún partido intermedio. Me refiero a cualquier partido al que pueda tomarse en serio.

Ya es hora de que, por fin, impidamos que nos confundan con este discurso oficial, cuya historia sólo es un interminable perjurio, y de que intentemos desengañar a todo el mundo. Ha llegado el momento de romper no únicamente con los males que nos ha inflingido, con las ruinas que nos ha causado, con las desgracias que ha originado, sino también con su aterradora inmoralidad.

¿No vemos que cualquier monarquía o aristocracia, que cualquier privilegio está obligado por su propia naturaleza a mentir, a engañar, ya que

no puede ser acorde con la justicia? Frente al instinto de equidad y de igualdad que, a pesar de todo, está en el fondo de la conciencia humana y es la base de cualquier juicio, la palabra «privilegio» ha sonado siempre a falsa y con un sentido de injusticia. El privilegio ha sido siempre inmoral, pero cada vez se siente más que lo es y se le reconoce como tal.

¿Qué hacer ante el peligro implícito en ese reconocimiento? ¿Qué pueden hacer sino hablar de moral, hablar mucho, presentarse como profesores y árbitros de la moral? Eso es lo que hacen todos ellos. Y, cada vez más, lo hacen con un arte terrible, que hace más refinado el miedo y más audaz su nuevo punto de apoyo, la ignorancia de las masas. Siempre ha habido discursos embaucadores emitidos desde lo alto de los tronos, pero en el pasado, al menos en cierta medida, los oradores creían en lo que decían, lo que ya no es posible. Sin embargo, a menos sinceridad, más hablan de orden, moral, providencia. Napoleón III, a raíz de su crimen, hizo verdaderas obras maestras en este género. Tenía que lograr algo muy difícil, hablar al mismo tiempo a dos públicos diferentes: los campesinos beatos, que lo consideraban un mesías, y los ilustrados que, ya fuesen enemigos o cómplices, le conocían. Y logró esa fusión de

hipocresía y cinismo, que merecía hacer escuela y que ahora sirve como modelo para sus sucesores.

Recorriendo este tipo de discursos, podría observarse que cuanto mayor es el crimen más alto es el tono; cuanto más haya matado el asesino, más indignado se muestra contra cada asesinado; que cuanto más haya traicionado, más toma como testigo a la santa verdad; que cuanto más haya abusado de los fondos públicos, más sobre las nubes muestra su frente serena.

Cuando la capitulación estaba ya decidida y preparada, tras la sublevación popular del 22 de enero,[12] Jules Ferry[13] exclamó: «Se ha cometido un crimen horroroso»... y acusó de haber vendido su muerte a los prusianos,

[12] Se refiere a la rebelión popular producida fundamentalmente en París y que pretendía impedir la firma de la capitulación ante el Ejército prusiano, que fue rubricada el 26 de enero. Este sería el detonante de la Comuna de París, que obligó al gobierno de Thiers a trasladarse a Versalles.

[13] Jules Ferry (1832-1893) era miembro de los republicanos de izquierda, fue alcalde de París entre noviembre de 1870 y julio de 1871, dos veces primer ministro (1880-1881 y 1883-1885) y ministro de Instrucción Pública durante el año 1883. Fue un firme defensor de la política imperialista francesa.

precisamente a quienes cayeron por las balas disparadas desde el Hôtel-de-Ville, cuando hacían un esfuerzo desesperado para arrebatar París de las manos de los miserables que la habían llevado a su perdición. Y Ferry siguió hablando de los intereses de la defensa. Y qué decir de Thiers, quien, tras cinco días y cinco noches de masacre, en la que miles de hombres que habían depuesto sus armas fueron fusilados por los soldados, encontró en su corazón un impulso de indignación, a cuento de un oficial supuestamente fusilado «sin respeto por las leyes de guerra» por tales «villanos».

No hay palabras para describir esto, tan logrado está dentro de su género. ¿Pero adónde vamos? ¿Qué sucede con el lenguaje, el sentido moral, la fe humana, ante este abuso atroz? ¿Debemos esperar a que el vocabulario esté tan contaminado que ya no haya palabras utilizables por una boca honesta? ¡Honesta!, esa misma palabra se ha marchitado. Todo lo que antes merecía respeto ahora incita sonrisa y despierta ironía. Ya no existe el lenguaje noble y serio, lo que da miedo, porque no sólo se pierde la lengua sino también todo lo que nos une y consolida nuestras relaciones. La confianza, que es la base de todos los sentimientos naturales y verdaderos, desaparece; la integridad social sucumbe, dejando

la vida común tan estéril y menos segura que el desierto. ¡Y se quejan del relajamiento de las costumbres y del decaimiento de los caracteres!, cuando, en lo que se denomina la «élite» social y a plena luz, se muestran, como ejemplo para todos, el desprecio a los juramentos, la corrupción, el asesinato, la calumnia y una hipocresía profesional convertida en cinismo.

Sé que podemos decir que es la rabia y las convulsiones de la agonía. Sí, también lo creo así. Pero pensad en que esa agonía puede ser larga. La ignorancia popular y la monarquía son dos curvas que se unen formando un círculo, en el que podemos dar vueltas durante mucho tiempo y al que se puede volver, como veis, incluso después de haberlo roto. Hay agonías que pudren y que envenenan todo lo que les rodea; caducidades que pervierten lo nuevo que nace. Se trata de vida o muerte, de infección o salud; para nosotros, para nuestros hijos, para muchas generaciones tal vez.

Vean ustedes cómo se vienen sucediendo imperios y monarquías, sin que tras ochenta años hayamos podido siquiera volver al punto de partida. Por último, vean dónde está Francia. ¿No creen que ya tenemos demasiadas de esas experiencias y de que ha llegado la hora de ponerles fin? ¿Quién puede tener la fortaleza o la inercia necesarias para soportar de nuevo tales

angustias, tales cataclismos, y para asistir otra vez a tan terribles espectáculos?

Y, sin embargo, ¿de qué seguridad podemos disfrutar en tanto que las mismas ambiciones malsanas y criminales sigan embaucando al mundo y convirtiéndole en su presa? ¿Quién no conoce el secreto de la tragicomedia que se está representando? Tras este nuevo junio, aún más terrible, vendrá una nueva supresión de la palabra «república», una nueva restauración. La más vergonzosa, aunque se jacte de ser la más fácil. No ha perdido en el mundo rural, mantiene todas las posiciones que le han dejado los «grandes republicanos» del 4 de septiembre y conserva al Ejército, que se le ha entregado al precio de la masacre de París.

¿Pero estos u otros, qué importa? Es la misma bajeza, la misma corrupción. No hay dos sistemas. Antes, los gobernantes, creyendo en sus principios, tenían o podían tener al menos ese tipo de honor que, en cierta medida, produce virtud y grandeza. Pero, hoy en día, no son más que jugadores en la Bolsa de la idiotez pública, que suben o caen con ella; lo saben muy bien, y especulan con ella, pasando de Luis XIV a Robert Macaire

[personaje teatral de Benjamin Antier, que encarnaba a un especulador sin escrúpulos]. Los medios actuales de dominación, ya se trate de un imperio, una monarquía o una pretendida república en manos de una aristocracia son la mentira, el miedo, la corrupción y la calumnia, con la ayuda de los fusilamientos. Pero los sistemas también empeoran al envejecer, pues los medios que utilizan se desgastan y tienen que usarse cada vez con más fuerza. ¡Qué porvenir!, si es que no es el final.

Sin embargo, muchas personas, a las que las palabras confunden, creen que lo único por temer sería la restauración de la monarquía. Son difíciles de convencer.

Francia, abandonada al extranjero; las traiciones y malversaciones de 1870; el armisticio y la paz de 1871; la guerra civil, la masacre de París, el terror tricolor; la educación pública entregada de nuevo a los curas, como la prensa a los financieros, la justicia a los intermediarios, el Ejército a los asesinos, la Administración a los corruptos, la política a los Basile:[14] ¿puede mejorarlo una monarquía?

[14] Personaje divulgador de rumores y calumnias, creado por el dramaturgo Pierre-Augustin de Beaumarchais (1732-1799), en su obra *El barbero de Sevilla*.

Dejemos de centrarnos en los efectos y prestemos atención a las causas. El trono es una barricada al servicio de las aristocracias. Entretiene al enemigo, recibe los golpes y cuando, después de quince o veinte años, es superado, entonces le abandonan declarando que no valía para nada, lanzan algunas proclamas a los vencedores y se ponen de inmediato a la tarea de reconstruir una nueva barricada a su servicio.

Si ustedes son consecuentes y sinceros, al contemplar los trece meses transcurridos desde el 4 de septiembre, tantas intrigas, tantos crímenes, tantas duplicidades, tales horrores, reconocerán no sólo que la paz entre las naciones es incompatible con la monarquía, sino que la paz interna de las propias naciones y la moralidad pública son incompatibles con la existencia de las aristocracias. Y añadirán a su denominación este otro dogma revolucionario, la igualdad, que ustedes han erróneamente olvidado, pues la libertad no puede existir sin igualdad y la igualdad no puede existir sin libertad.

Por divididos que estén, prestos a devorarse entre sí cuando no tengan otros temores y haya que disputarse el botín, se han puesto todos

de acuerdo: Mac Mahon[15] y Changarnier,[16] Thiers y Rouher,[17] el duque de Aumale[18] y Jules Favre, Jules Simon[19] y Belcastel, Vacherot[20] y Temple, Fe-

---

[15] Patrice de Mac Mahon (1808-1893) fue un militar francés, gobernador general de Argelia entre 1864 y 1870, y presidente de la III República entre 1873 y 1879.

[16] Nicolas Anne Théodule Changarnier (1793-1877) era un militar monárquico que formó parte del cuerpo de guardaespaldas de Luis XIV. Participó en la «campaña española» de 1823 para restaurar a Fernando VII y en la invasión de Argelia de 1830. Cuando abandonó la carrera militar se convirtió en candidato monárquico.

[17] Eugène Rouher (1814-1884) fue un jurista y político partidario del absolutismo monárquico.

[18] Enrique de Orleans (1822-1897) era hijo de Luis Felipe I, el cual le concedió el título de duque de Aumale.

[19] Jules Simon (1814-1896) era un político y filósofo que, en 1851, se opuso públicamente al golpe de Estado de Napoleón III, por lo que sería despedido como profesor de la Escuela Normal. Formó parte del gobierno de Thiers, y se mostró partidario del máximo ensañamiento con los represaliados de la Comuna, oponiéndose en 1880 a su amnistía.

[20] Étienne Vacherot (1809-1897) fue un escritor y filósofo francés de marcado carácter anticlerical y antimonárquico al principio de su actividad intelectual, aunque al final de su vida se volvió extremadamente conservador.

rry y Haussmann.[21] Se han aliado todos contra el gran enemigo, el satán de la revuelta popular. Thiers olvidó la prisión de Mazas y los Orléans, la confiscación. Audren de Kerdrel olvidó la traición de Simon Deutz y la ciudadela de Blaye. Ahora se les ve brindar, gritar, denunciar y matar junto a los Villemessant[22] de todos los periódicos, los Galliffet de todas las alcobas, los St. Arnaud de todos los chanchullos, los viejos y los pequeños despojos de todos los regímenes. Todos ellos han olvidado las bofetadas que antes se cruzaron y se han dedicado, en llamativo acuerdo, a fusilar, encarcelar, a decretar y a presupuestar como buenos hermanos.

[21] Georges-Eugène Haussmann (1809-1891) fue un funcionario y urbanista, nombrado barón por Napoleón III, y por encargo suyo se convirtió en el principal ideólogo de la reforma urbanística aplicada en París durante el siglo XIX, pionera en la expulsión de la población obrera del centro a la periferia y en la construcción de un centro urbano para las clases altas. Se considera que el urbanismo haussmaniano de construcción de grandes avenidas fue decisivo en la capacidad del Ejército francés para vencer a la Comuna. Suya es la frase: «Cuando las balas doblen las esquinas, volveremos a construir calles estrechas».

[22] Hippolyte de Villemessant (1810-1879) era un periodista francés, fundador de *Le Figaro*. *(N. de los T.)*

Sí, esa gente tiene una fe, una fe profunda e inquebrantable. El conde de Chambord, el conde de París, Bonaparte... son sus santos, pero por encima de sus santos tienen un dios, el Privilegio, ante cuyo altar sacrifican sus resentimientos y divisiones. Esa es su fuerza y siempre la tendrán hasta que no sea destruida por una fuerza mayor y opuesta. Pues, en un caso semejante, eso es lo que ellos harán siempre.

¿Por qué los demócratas actúan de manera diferente? Precisamente en eso reside su debilidad.

Lo hacen porque no tienen la misma fe ni una fe profunda.

Lo hacen porque están divididos en un gran número de capillas, más monárquicas de lo que querrían aparentar y, sobre todo, divididas en dos grandes sectas, la que ama la libertad y la que ama la igualdad. En el fondo, es algo así como un combate entre los partidarios de la Virgen de Atocha y la Virgen de Loreto. Pues la libertad y la igualdad son uno y el mismo dios en dos personas.

Nuestro dogma procede del Sinaí de la gran Revolución; grande porque fue reveladora; grande, aunque menos por lo hecho que por lo dicho. Quien se pretende demócrata data su origen en la Declaración de los

Derechos Humanos. Nadie la rechaza e incluso son los liberales quienes más hablan de 1789. Bien, ¿qué dice? Dice «libres e iguales».

Y no podía decir otra cosa, porque desde el momento en que el derecho, el nuevo derecho que va a renovar el mundo, se basa en la simple cualidad humana, no puede haber igualdad sin libertad ni libertad sin igualdad. Lo uno implica completamente lo otro. Si ahondamos en uno de los dos términos nos encontraremos con el otro en su interior.

Si ustedes gozan de ventajas que yo no puedo obtener por mí misma, aunque me son necesarias, no soy su igual; ustedes son mis protectores o mis amos. Yo no soy libre.

Si la igualdad decretada por ustedes ofende a mi conciencia, ordena mis gustos, mata mis iniciativas, no soy libre; ustedes son mi rey y mi papa.

Ser libre es estar en posesión de todos los medios para desarrollarse de acuerdo a nuestra naturaleza. Si esa libertad es la que ustedes proclaman —¿no es eso lo justo y verdadero?—, podemos entendernos, pues esa es también nuestra igualdad. Entonces, sólo tendremos que buscar en común las medidas necesarias para que la sociedad humana realice ese objetivo legítimo, normal.

Y bien, sí, aunque a muchos parezca ingenua esta opinión, o al menos esa esperanza —porque nada se hace sin esperanza por pequeña que sea—, creo que sería fácil elaborar sobre el terreno de los principios de la Revolución una alianza, un programa común de todos los demócratas sinceros; programa que, más allá de sus fronteras, dejaría a cada cual detenerse o seguir su camino. Sólo debe haber una verdadera buena voluntad, un estudio serio de los problemas, a la luz de los principios. En lugar de duras críticas, siempre un poco personales —lo que aumenta los malentendidos—, necesitamos la búsqueda de los aspectos que nos vinculan. El tiempo y los medios perdidos en denigrarnos, en combatirnos y en hacer que la causa pierda popularidad a causa del estruendo de nuestras disensiones, deberían emplearse para desarrollar y extender la idea. Sería finalmente necesario renunciar a ciertos defectos, lo que por supuesto es difícil, y a ciertos prejuicios, que no lo es menos, pero no sería algo imposible para personas que caminen por la ruta de la idea y del progreso. Lo más difícil, como en todas las cosas, sería el primer paso, el cuestionamiento de las cosas establecidas, pero el espíritu que hiciera ese esfuerzo podría hacer todos los demás, a condición de que lo que le mueva sea una búsqueda sincera.

Sólo me dirijo a los sinceros, dejando que los otros se burlen de tales ilusiones. Me dirijo a quienes sienten el peligro inminente que amenaza a Francia y a la revolución en el mundo entero. A quienes sufren en lo más profundo de sus almas que haya tantos errores infantiles en este bando y tantos crímenes en el otro; a quienes sufren por la desmoralización creciente frente a tantas renuncias y traiciones, y por la duda mortal que invade la conciencia humana. A aquellos que han sacado algunas lecciones de los espectáculos que se desarrollan ante nuestros ojos. A aquellos, sobre todo, que ven, que sienten llegar, la terrible batalla, en la que los apetitos materiales de quienes están abajo se vengarán finalmente de los apetitos materiales de aquellos que están arriba. Y ocurrirá sin freno, como los otros han actuado sin piedad. Una guerra sangrienta y feroz, implacable, como la que acaba de tener lugar, pero más decisiva porque las aristocracias no pueden exterminar al pueblo, pero el pueblo puede exterminar a las aristocracias.

¿Y cómo sorprenderse de que a fuerza de tales ejemplos el pueblo, en su miseria, terminase de perder lo que tiene de paciencia, de ideal y de bondad? ¿Acaso su ignorancia le obliga a ser más virtuoso? ¿Quién

puede medir el odio acumulado en este momento en el corazón de viudas, padres, hijas, hermanos, huérfanos? ¿Por qué no van a decirse que de nada sirve parlamentar si a sus reivindicaciones se responde matando?

Finalmente, la defensa se convierte en ataque. A la rabia salvaje responde la rabia salvaje. Las gentes del pueblo no son filósofos estoicos. ¿Quién puede indignarse por ello? ¿Los ilustrados que los matan? ¿O incluso los que dejan que les maten?

Vuelvo a mi sueño de la unión, por insensata que sea. No hay que desesperar nunca. A veces, cuando los castillos arden, hay noches del 4 de agosto.[23]

El asunto principal que divide a los demócratas liberales y a los socialistas es la cuestión del capital, que expresa, de forma más precisa, la querella sobre libertad e igualdad de la que ya he hablado. No puedo tratar esto aquí con la debida amplitud, sólo quiero señalar un hecho tan verdadero como, generalmente, poco entendido: la mayor parte de la burguesía,

[23] Fecha en la que, en 1789, la Asamblea Constituyente abolió los privilegios feudales. *(N. de los T.)*

toda la burguesía media y pobre, sufre tanto como el pueblo a causa del régimen actual del capital.

Todo el mundo sabe y se queja del futuro del joven sin fortuna, bachiller reciente, que se presenta al combate de la vida lleno de esperanza, con la ambición que le da la educación clásica. Si tiene talento, tiene grandes posibilidades de ser aplastado por la ineptitud o por la envidia; si tiene genio, está casi perdido; si tiene carácter, no queda lugar para la duda.

¿Por qué? Porque las fuerzas naturales, ardientes, generosas, son en este mundo como el brazo del que se ahoga y no encuentra nada en lo que agarrarse. Porque no pueden decidir por sí mismos y dependen del capricho de otro, elegido por azar, monarca hereditario que, por derecho de nacimiento, es juez de todo tipo de méritos, o tal vez investido por el derecho de conquista, pero estos son aún peores, como los Genserico o los Atila.

Impera por todos los sitios el orden monárquico, es decir, el orden del favor, la intriga y el abuso, no de la libertad y la justicia. Se quejan de la falta de fuerzas vigorosas, pero en lugar de usarlas para producir las utilizan para luchar. Lo que encontramos en el comienzo de la vida no

son caminos transitables sino matorrales y obstáculos. Muchos se paran a mitad del camino, cansados, desesperados, sintiendo una terrible impotencia que no puede ser superada con capacidad y coraje, porque todo depende de una decisión ajena, de una coincidencia, de un protector. Los que lleguen, agotados, cansados, viejos, ya sólo querrán descansar y serán quienes, con sus fuerzas extintas, compartirán el gobierno del mundo con los elegidos por el azar del nacimiento o con los advenedizos de la intriga.

Las fuerzas jóvenes y puras no gobiernan en ninguna parte. Contra las leyes de la naturaleza, la senilidad domina al vigor, el pasado mata el futuro. En vez de caminar hacia adelante, la humanidad patalea sin avanzar y todas las nobles inspiraciones abortan bajo el mandato caduco del egoísmo y la cobardía. Los impulsos generosos, las ideas fecundas, muy presentes pese a todo en la humanidad de este siglo, sólo conducen a la banalidad de los hechos.

La humanidad tiene en sus archivos y relee con deleite la historia —la misma con diferentes nombres— de quienes, con su genio, triunfan finalmente tras pasar muchas pruebas en las que han estado a punto de perecer. Posiblemente no haya nada más emocionante y bello. Pero es

fácil dejarse ir y creer falsamente que este bello cuento de hadas es real, que siempre ocurre lo mismo, que tarde o temprano quien tiene talento encuentra en su camino ese azar feliz, que le salva y corona. Nos olvidamos de que azar no es justicia y que es inevitable que por cada salvado perezcan mil, a quienes no se presta el socorro ni la ayuda que todo ser humano debería encontrar en el entorno social, si la sociedad fuera orden y no caos, ciencia y no empirismo.

Y no se trata sólo de quien posee talento. Relativamente, desde el punto de vista social, pero absolutamente en cuanto a la persona concernida, toda capacidad no empleada causa sufrimiento y desdicha.

Esta ley del capital es de naturaleza aristocrática, pues tiende cada vez más a concentrar el poder en pocas manos; es inevitable que cree una oligarquía, dueña de las fuerzas nacionales. No sólo es antigualitaria, sino también antidemocrática, y sirve a los intereses de unos pocos en contra de los intereses de todos. Es una de las expresiones de esa concepción del pasado, nada nueva, según la cual, en la tierra como en el cielo, en la religión como en la política, sólo se admite a unos pocos elegidos. Está en oposición a la nueva concepción de la justicia, a la tendencia irresistible que hace que todo se vaya inclinando hacia el lado de la mayoría, a ese instinto que está penetrando en las masas. Instinto que habría que apresurarse en transformar en moral y ciencia, antes de que, creciendo ineluctablemente en fuerza y potencia, se atenga a los hechos, más brutalmente quizás.

Esta ley, repito, está en oposición incluso al interés común de la mayoría de los que la defienden y con el interés de todos aquellos que no han encontrado en su cuna una llave de oro que les abra las puertas de la vida.

La ley del capital mantiene en servidumbre no sólo a los pobres sino también a la gran mayoría de la burguesía que vive de su trabajo, de su capacidad, y que incluso, tal vez, sea más dependiente que los trabajadores manuales del capricho y del favor de los capitalistas, de los grandes. Pero, al estar más cercana a las fuentes de la fortuna, cree que puede mojar en ellas sus labios e, incluso cuando el chorro se aleja, sigue esperando o sólo logra saciar la sed a costa de esas complacencias y renuncias que son la vergüenza, la debilidad y la miseria de esta época.

Para muchas mentes, sin embargo, la ley del capital es fatal e insuperable. Es la superstición del hecho. No hay nada inevitable en contra de la

justicia. Se han propuesto soluciones y han de considerarse sin prejuicios. Las hay más o menos radicales, pero todas deben ser abordadas desde el odio pleno y sincero hacia el pasado del derecho divino, con una fe plena y sincera en la revolución de los derechos humanos, con el deseo de igualdad.

Ustedes han planteado en sus programas este problema, ¿pero lo han abordado de manera decidida, con todo el calor y toda la independencia de la que su pensamiento y su conciencia son capaces? ¿Han comenzado por despojarse de sus costumbres y prejuicios, como en otro tiempo se dejaban las sandalias en el umbral de un templo? ¿Por encima de todos los intereses que unen su causa a la de ellos? ¿Y qué pasa con todas las concesiones que, se quiera o no, ustedes les han hecho, aconsejados por su ambición y a pesar de su conciencia? ¿Qué pasa con esos vínculos que son cadenas para el carácter y para el pensamiento? ¿Esa es la actitud necesaria para poder entenderse con los desheredados?

Sí, todos los hijos de la revolución, todos los que acepten sus principios en su totalidad sublime, pueden caminar juntos por este camino, jalonado por todas las conquistas perdidas, un camino que quizás haya que recorrer durante mucho tiempo, preparados para actuar, antes de llegar a los distintos senderos que conducen a las tierras desconocidas.

Pero hay que quererlo. Es necesario que desde cada parte renunciemos a prejuicios, rencores y desprecios que aún están marcados por un espíritu aristocrático. Una doctrina que proclama el derecho de los desheredados, que hace a la sociedad responsable de los defectos de los pobres, que fustiga todas las injusticias y afirma que es posible el bienestar para todos, debe necesariamente atraer, no sólo —y desgraciadamente no lo suficiente— al pueblo en la miseria, sino también a todos los descontentos con el orden actual, a todos los egoísmos ofendidos, a todas las ambiciones burladas, legítimas o no, sanas o malsanas. Así, Magdalena, Simón, los samaritanos, comprometían a Jesús. Admiramos esto... en el Evangelio. En el club nos indignamos y nos retiramos sacudiendo el polvo de los zapatos. De hecho, los pecadores de Jesús estaban arrepentidos, lo que apenas ocurre con los nuevos pecadores. ¿Pero esto qué significa? La democracia es una terapeuta, que arrastra un hospital en su estela. Esa es su desgracia y su gloria.

Sí, sería magnífico que sus seguidores perteneciesen todos al pueblo y que la burguesía no le enviase sus desechos, sus frutos ya secos y las

incapacidades vanidosas que tan bien sabe producir. De ella proceden la mayor parte de los que, para que se les escuche más, gritan insensateces; quienes deslumbran con facilidad al pueblo con una retórica llena de palabras vacías y quienes, por el placer de ser jefes, le embarcan en iniciativas locas y desastrosas, y quienes, en vez de llevarlo a la reflexión e instruirle en la justicia, sólo excitan en él odio y pasión. Son esos que escaparon de la universidad llevando en su cabeza sólo recuerdos y frases librescas, los que convierten en su contrario la idea comunal, la difusión de la libertad, el Comité de Salud pública. Pues es poco conocido, y por eso es necesario decirlo y repetirlo, que la revolución del 18 de marzo no fue dirigida por socialistas, como se ha afirmado intencionadamente, sino por el jacobinismo, el jacobinismo burgués, en su mayoría compuesto por periodistas, hombres de 1848, estudiantes, miembros de los clubes. La minoría, obrera y socialista, se abstuvo a veces y casi siempre protestó, pero nunca dirigió el proceso.

Pero, aunque no sean perfectos todos los miembros del partido democrático, lo que también pasa en los demás partidos, ¿qué le importan esas personas a quienes creen profundamente en los principios y se sienten

impulsados a actuar intensamente para su realización? En este mundo y en este tiempo el combate está en todos los lugares. Pero hay que combatir o perecer. Las gazmoñerías y desalientos nada tienen que ver con la convicción y la dedicación a una causa, y justifican los reproches que el pueblo dirige a los liberales burgueses, a los que acusa de ser meros «aficionados» de la democracia, dispuestos a cosechar aplausos y ganancias, pero que esquivan el compromiso cuando tienen miedo. Van delante si así satisfacen su vanidad o sus intereses, pero abandonan al pueblo, que se había comprometido a seguirles, en cuanto la situación evoluciona peligrosamente y amenaza su dinero o su consideración, en este mundo en el que las conveniencias priman sobre la fe y el honor verdadero.

El pueblo afirma también que la mayor parte de esos hombres carecen de corazón para comprender sus sufrimientos y para querer cualquier cosa de la que ellos no carezcan. En manos de tales jefes sus revoluciones se han trocado en compromisos políticos, en los que los derechos del pueblo han sido olvidados. De ello el pueblo saca la conclusión de que hay una gran diferencia entre condiciones y sentimientos, llegando casi al punto de meter en el mismo paquete a todos los que no están con el

pueblo. Juicio injusto en lo que se refiere a las intenciones personales, pero justo en el sentido de que en la época actual, cuando las situaciones se han polarizado tanto, los compromisos ya no son posibles.

Por otra parte, hay que reconocer que los demócratas avanzados, los socialistas en general, merecen el reproche contrario, por su firme voluntad de aplicar desde mañana mismo la verdad que poseen o creen haber descubierto el día anterior. Cometen el error fatal de pensar que se puede violentar la opinión social para ir más deprisa. Yo creo, por el contrario, que esa es una de las razones por las que vamos tan despacio.

Se olvidan de que la vida de un pensador tiene dos facetas: el derecho para sí mismo de ir tan lejos como le sea posible y explorar lo absoluto, y el deber de ser entendido por los demás. Sin embargo, las gentes sólo nos pueden entender hablando su propio idioma, partiendo de donde están para, si es posible, atraerlas. En resumen, el partido avanzado es intolerante; no es el único que lo es, pero se las apaña para que se le note más.

Y, sin embargo, sigo creyendo que sería posible una alianza que —manteniendo cada cual sus convicciones y su libertad— uniese a todas las tendencias democráticas contra los enemigos de la paz social y

para la realización de un programa, ya que son muchos los puntos en los que podemos estar de acuerdo, más que aquellos que nos pueden dividir: recuperar todas las libertades, la de prensa, la de venta ambulante, la de reunión, la libertad comunal aún por construir, el impuesto único y progresivo, la organización del ejército nacional y ciudadano y, por último y quizá lo más importante, la educación democrática, gratuita e integral.

En tanto que una criatura nazca sin que en su cuna tenga más hadas madrinas que la muerte, presta para segar, a falta de cuidados, su frágil existencia, y la miseria que, si escapa de la muerte, hará raquíticos sus miembros o atrofiará sus facultades, le condenará a los dolores incesantes del frío y del hambre y, por desgracia a menudo, a la rudeza de su madre, en vez de a esa fiesta de la vida que la mujer rica o acomodada puede dar a sus hijos; en tanto que, educada en la calle y los tugurios, su infancia dolorosa esté llena de privaciones, privada incluso de la inocencia; en tanto que su inteligencia sólo reciba, como mucho, una educación supersticiosa y puramente literal, lo que hace que la escuela primaria actual sea tan funesta, estéril y fría; en tanto que crezca sin más ideal que el cabaré, sin otro porvenir que trabajar día a día como una bestia de carga... en tanto

que todo eso ocurra, la mayor parte de la humanidad verá frustrados sus derechos, la sociedad llevará una vida pobre, estrecha, corrupta y turbada por el egoísmo, la igualdad será una farsa y la guerra, la más horrible, la más feroz de todas las guerras, abierta o latente, desolará al mundo, deshonrando a la humanidad.

[Tras una sonora interrupción por parte del público, el silencio fue restablecido y, cuando el discurso podría haber seguido, el presidente del Congreso prohibió a la oradora continuar.]

Me invitaron a participar en el Congreso de la Paz y la Libertad a través de un miembro del comité, con garantía de plena y libre discusión, no sólo para mí sino también para mis amigos de la Internacional y la Comuna. De esta invitación a los proscritos, saqué la idea de que me encontraría ante un deseo sincero de conocer la verdad y de sacarla a luz.

Sin embargo, en esta reunión, que tiene por objeto los más vitales y acuciantes problemas de nuestro tiempo, y que proclama su intención de intervenir en política en nombre de la moral, se ha retirado la palabra a

alguien de cuya sinceridad no puede dudarse y que daba testimonio sobre el hecho actual más considerable y fértil en cuando a consecuencias morales, sociales y políticas.

¿Por qué motivos? Porque el orador se salía del tema. ¿Qué? El orden del día es la cuestión social. ¡Pero hablar de la guerra social ante el Congreso de la Paz y la Libertad, de sus horrores y de las intrigas y crímenes de quienes la hacen en el presente y la preparan para el futuro, no se ajustaba al tema!

¿Qué entiende entonces por «guerra» el Congreso de la Paz? ¿No es el derramamiento de sangre, la violencia del hombre contra el hombre, el asesinato en fin? ¡La guerra social no es una guerra para ellos! Pero sí es la guerra más amarga y cruel. Entonces, ¿cómo puede este Congreso recusarse a sí mismo cuando se invoca su veredicto sobre tales actos en nombre de la paz, la moral y la justicia?

Es un grave y cruel error de la burguesía liberal creer que haciendo caso omiso de hechos tan enormes y graves puede escapar a sus consecuencias y mantener cierta influencia y algún valor. ¿Cómo pueden presentarse como moralistas y decir que este crimen no nos concierne

por tener tanto alcance? ¿Cómo pueden presentarse como políticos y sólo abordar teorías, o como adoradores de la libertad y quitar la palabra a quien la reclama? ¿Qué resultados serios pueden esperarse?

La burguesía tiene la pluma, la palabra, la influencia. Podría convertirse en el órgano de las reivindicaciones del pueblo degollado, oprimido, vencido. Así, sólo hubiese sido el órgano de la justicia.

Llegué a este congreso con una esperanza, pero me voy profundamente triste. ¿Qué responder ahora a quienes hablan de prejuicios y ponen en duda la buena fe? ¿Cómo hacer frente a una división cada vez más pronunciada, cuando sólo la unión podía conjurar la terrible crisis que, tarde o temprano, tendrá que resolver el problema en vez de hacerlo la razón y la justicia?

Para quienes están apegados al entorno burgués, lo que denominan «conveniencias» ahoga los principios. Viven de los compromisos. Quizá mueran por causa de ellos.

Lausana, 27 de septiembre de 1871

André Léo (1824-1900): escritora del siglo XIX

Fernanda Gastaldello

Laure, cantinera, incendiaria, condenada a trabajos forzados a perpetuidad

Ha habido en torno a André Léo un silencio difícil de comprender y justificar. La escritora Edith Thomas[1] recordó en su libro *Les pétroleuses* los méritos de André Léo, preguntándose al mismo tiempo por qué no se le había reconocido el lugar que le correspondía:

[1] Edith Thomas (1909-1970), novelista, periodista, historiadora y archivista francesa, autora de una veintena de obras, entre ellas algunas relacionadas con personajes estrechamente vinculados a André Léo como *Louise Michel ou la Velléda de l'anarchie* (Gallimard, París, 1971) o *Rossell* (Gallimard, París, 1967). *(N. de los E.)*

André Léo expresó en sus excelentes artículos los propósitos de la Comuna y el pensamiento coherente que animó a los mejores comuneros. Podríamos preguntarnos a qué se debe esa injusticia histórica que ha negado el lugar que por derecho corresponde a una mujer que escribió novelas más que estimables y que jugó un papel importante en la Comuna.[2]

Aunque parte de la crítica la consideró una marisabidilla,[3] también obtuvo comentarios favorables al inicio de su carrera literaria. Así, por ejemplo, sobre una de sus primeras novelas, *Un mariage scandaleux*, Duriez escribía:

[2] E. Thomas: *Les pétroleuses*, París, Gallimard, 1963, p. 141.

[3] J. Barbey D'Aurevilly: «Les Bas-Bleus», *Les Oeuvres et les hommes*, Slatkine Reprints, Ginebra, 1968. Hemos traducido como «marisabidilla» la expresión *bas bleu*, que literalmente quiere decir algo así como «medias azules», pero que se usaba como término despectivo para referirse a las mujeres ilustradas. Más información en fr.wikipedia.org/wiki/Bas-bleuisme.

Para mí, esta novela es una de las obras más destacables entre las que han despuntado en los últimos años... la mano que está tras ese seudónimo no se quedará aquí y pronto nos dará otras obras dignas de la atención de la crítica.[4]

André Léo fue una mujer de sólidos principios, que defendió su causa a través de su obra literaria y de sus actividades políticas. Militó intensamente, sin componendas, a veces en solitario, para defender los principios de solidaridad, cooperación, emancipación, igualdad, justicia y democracia. Quiso y supo alzar su potente y orgullosa voz, incluso para discrepar de sus camaradas y compañeros de lucha, como en el «caso Rossel» durante la Comuna

[4] Duriez: *Le Siècle*, 4 de septiembre de 1863. Otras evaluaciones de la obra de André Léo, en J. Vallès: *Oeuvres Complètes*, Les éditeurs français réunis, París; Thechel: *L'Indépendance belge*, 20 de agosto de 1864; Charles-Bernard Derosne: *Le Constitutionnel*, 28 de julio de 1863; Émile Deschanel: *Journal des débats*, 20 de enero de 1865; Xavier Eyma: *Le journal de Nice*, 26 de enero de 1865. Benoît Malon la situaba entre «los más grandes escritores de nuestro tiempo» (B. Malon: *La troisième défaite du prolétariat français*, Guillaume fils éd., Neuchâtel, 1871, p. 273). *(N. de los T.)*

de París, o cuando tomó claro partido contra Marx y el Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), a la que consideraba una institución autoritaria, jerárquica y demasiado ligada a la vieja organización social.

André Léo abordaba temas candentes, peligrosos, molestos para la opinión pública y el orden social, defendiendo en sus textos la educación de las mujeres y su derecho a un salario similar al de los hombres, o condenando los matrimonios «de conveniencia» y las religiones que se aliaban con los sistemas políticos autoritarios y centralizados, por citar algunos de los temas que más le interesaban.

Rechazada por la burguesía, de la que sin embargo procedía, y por importantes sectores del socialismo contemporáneo, quedó destinada al aislamiento y al olvido. Por otra parte, su condición de mujer no la ayudó a afirmarse en una sociedad en la que los prejuicios sobre la inferioridad de las mujeres estaban muy arraigados.

No cabe duda de que el camino para comprender el alcance de sus ideas y sus méritos literarios, haciéndole por fin justicia, pasa por la reedición de su obra y por la lectura directa de sus novelas, de sus cuentos, de sus tratados y de sus numerosos artículos de prensa.

I. Los primeros años en Poitou

La familia Béra

Léodile Béra, pues ése era su verdadero nombre, nació el 18 de agosto de 1824 en Lusignan, departamento de Vienne. Nacida en una honorable familia de la burguesía media, fue la quinta de ocho hermanos, nacidos de los tres matrimonios contraídos por su padre. Es importante señalar que la biografía de André Léo ha sido estudiada con muy poca atención por historiadores del pasado, lo que ha dado lugar a errores flagrantes sobre su nombre y su lugar o fecha de nacimiento por parte de Pierre Larousse, Otto Lorenz, Jean Maitron, Bernard Noël o la obra colectiva *Visages du Poitou*.[5] Mis fuentes son directas: los registros de nacimiento del Ayuntamiento de Lusignan.

Su abuelo paterno, Joseph Charles Béra, influyó considerablemente en su educación. Era abogado y entró en política durante los sucesos revolucionarios de 1789. Fundó, con otros francmasones, el club *Les amis de*

[5] Pierre Larousse: *Dictionnaire Universel du XIXe siècle*, Administration du Grand dictionnaire Universel, París, 1867; O. Lorenz: *Catalogue général de la librairie*

la Constitution, destacándose como orador. Desafió a la nobleza y al clero de Poitiers, defendió el derecho a la educación de la clase media y mostró aprecio hacia los campesinos y su labor.[6]

El padre de Léodile, Louis Zéphirin Béra, fue primero oficial de marina y después abogado. Ejerció como notario en Lusignan y, más tarde, como juez de paz en el cantón de Champagné-Saint-Hilaire, siendo su trabajo muy apreciado por sus administrados. Se casó tres veces. Léodile nació de su tercer matrimonio, contraído con Thalia Belloteau.

La familia Béra se instaló pronto en Champagné-Saint-Hilaire, a 25 km de Lusignan, en el dominio de la Carlière, una propiedad privada comprada

française, O. Lorenz éd., París, 1867-1888; J. Maitron: *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, Les éditions ouvrières, París, 1964; B. Noël: *Dictionnaire de la Commune*, Flammarion, París, 1978; J. Chagnolleau, G. Dez, R. Crozet, J. Lavaud: *Visages du Poitou*, colección «Les Horizons de France», Estrasburgo, 1965.

[6] Respecto a esta información y para otra más detallada sobre la vida de Joseph Charles Béra y la familia Béra, remito a dos biografías de André Léo, en C. Latta: «Léodile Champseix dite *André Léo*», *Histoire et Sociétés*, n.º 68, y R. Picard: *Femmes célèbres du Poitou et des Charentes*, Martelle éd., Amiens, 1998.

tras ser declarada bien nacional tras la Revolución francesa.[7] André Léo vivió allí hasta los 27 años. Se fue de Champagné en 1851, año en que contrajo matrimonio.

Período de formación

Esos años pueden considerarse, evidentemente, como años de formación, en los que todo —sus estudios, sus lecturas de la biblioteca familiar o la observación cuidadosa del entorno rural que la rodeaba— contribuyó a formar su personalidad y a preparar el terreno para su posterior compromiso. Incluso mucho tiempo después, aparecerán en sus artículos y, sobre todo, en sus novelas, temas relacionados con su juventud en Poitou.

Durante sus estancias en el extranjero —Suiza o Italia— y durante sus experiencias parisinas, recordó con ternura y nostalgia el terruño de su

[7] Los «bienes nacionales» se constituyeron a partir de noviembre de 1789, con la expropiación de propiedades de la Iglesia católica, a las que se fueron sumando posteriormente las propiedades de la Corona, de los emigrados y de aquellos a los que se consideraba contrarrevolucionarios.

país natal y los modos de vida sencillos y auténticos de los campesinos, aunque también rememoraba su miseria con afecto y realismo:

> *Bajo un cielo despejado se extiende una vasta llanura... Aunque está sembrada de macizos florales y de bosques, cubierta por una alta cabellera de brezales, de lejos parece deshabitada; pero al recorrerla se descubre aquí y allá, a la vuelta de una olmeda, el techo de una pequeña granja, con sus campos rojizos y su prado, cuyo alegre verdor resalta sobre el fondo sombrío de la landa... Es una de las zonas más fértiles de Francia, en Poitou, que se extiende sobre vastas tierras sin cultivar, plenas de una belleza poética muy particular, pero que nos entristecen desde el punto de vista del bienestar de la población.*[8]

A veces, la detallada descripción de los recuerdos se convierte en un valioso testimonio sobre las antiguas costumbres y tradiciones de Poitou:

[8] André Léo: *Le mariage scandaleux*, Hachette éd., París, 1862, p. 1.

> *Los antiguos vestidos propios de la zona de Poitou cercana a Deux-Sèvres son muy pintorescos. Digo «antiguos» porque muy pocos jóvenes los usan hoy en día, salvo en zonas muy rurales... Hoy, en los pueblos grandes, al igual que en las ciudades, las mujeres arrastran, entre el fango de las calles, el polvo de los campos y el sudor del trabajo, una falda larga, a veces con volantes hechos jirones, en lugar de la falda corta de borra, que daba a la campesina un aire tan limpio y ágil, además de hacer más cómodos sus movimientos. Anteriormente, la antigua cofia blanca de linón (como decían nuestros padres) enmarcaba a las mil maravillas una cara fresca, que sorprendentemente nos parece menos fresca y bonita desprovista de ese ornamento.*
>
> *Todavía se pueden encontrar en las inmediaciones de Lusignan a habitantes de las granjas y aldeas, tocados con un sombrero de fieltro negro y alas anchas, vestidos con una blusa de algodón azul, bordada en cadeneta de hilo rojo y blanco alrededor del cuello, las mangas y todas las costuras, con la corbata de indiana de colores brillantes; pero son pocos, o quizá ninguno, los ancianos que aún*

utilizan el pantalón corto y las polainas de toalla; ese pantalón corto que ya no se quiere en ningún sitio, salvo en los patios escolares, último asilo de la ropavejería del siglo pasado.[9]

En estos mismos años comienza a tomar conciencia y a reflexionar sobre un montón de injusticias o prejuicios: los campesinos en general, y más aún las mujeres en particular, recibían un salario ridículo a cambio de un trabajo extenuante y no era raro que muriesen de inanición en años de hambruna. Víctimas de siglos de ignorancia, aceptaban su suerte. Las mujeres debían soportar, además, las fatigas domésticas. Por su parte, la pequeña burguesía soñaba con un estatus social más alto y despreciaba los valores sanos y sencillos del campesinado. Estas reflexiones sobre el sufrimiento del mundo campesino y las falsas ambiciones de la pequeña burguesía cambiaron el curso de la vida de Léodile, que abrazó la causa de los oprimidos. Su relación y futuro matrimonio con el socialista Grégoire Champseix representaron una etapa significativa en este camino.

[9] André Léo: *L'enfant des Rudère*, S.E. Monillot, París, s. d., p. 208.

Une vieille fille

Léodile ya era una apasionada de la escritura por entonces. Su primera novela, *Une vieille fille*, fue escrita, sin duda, en su tierra natal, pues su primera edición data de 1851,[10] de la que aún hay un ejemplar en el Gabinetto Scientifico Letterario Giovan Pietro Vieusseux de Florencia. Fue editada en Bruselas, por el impresor y editor Alphonse-Nicolas Lebègue[11] que, ayudado por su esposa, Marguerite Schubert, publicó entre 1842 y 1854 obras francesas que en su mayoría sólo habían aparecido por entregas en revistas o periódicos franceses.

En esa época, Bélgica era el centro de la «piratería» de obras francesas y el editor podía publicar sin consentimiento del autor. Por eso, Lebègue

[10] André Léo: *Una vieille fille*, Alphonse Lebègue éd., Bruselas, 1851.

[11] Alphonse-Nicolas Lebègue (1814-1885) trabajaba ininterrumpidamente y se ganó pronto una muy buena reputación como impresor-editor; en su catálogo figuraban los nombres de Dickens, George Sand, Théophile Gautier, Lamartine, Eugène Sue, Victor Hugo y, muy especialmente, Alexandre Dumas padre.

inscribió en el frontispicio del libro la fórmula «Propiedad del editor».[12] Esta edición belga de 1851 nos permite suponer que *Une vieille fille* se publicó por entregas ese mismo año, o poco antes, en una revista o un periódico francés.

La novela transcurre en Suiza, cerca de Lausana. Cuenta la historia de un joven estudiante montañés alemán, Albert, que da clases particulares a los aldeanos. Se aloja en casa de Marie Dubois, mujer sensible y generosa, pero a menudo triste, mucho mayor que él. En el pasado, se había sentido juguete de un hombre al que creía enamorado de ella. Decepcionada, había decidido llevar una vida solitaria, apartada del mundo. Pero Albert se encuentra cada vez más atraído por Marie, con la que descubre muchas afinidades, a pesar de que ella es diez años mayor. Su amistad se fortalece y, tras diversas vicisitudes, se casan y tienen un hijo.

En esta novela, podemos ya entrever su placer al describir los bellos paisajes, el lago, las montañas suizas, evidentemente ya conocidas por Léodile, así como una delicadeza extrema en el análisis de los personajes.

[12] Una convención francobelga prohibió esa práctica el 22 de agosto de 1852, aunque no entró en vigor hasta dos años más tarde.

También hallamos en ella un desafío a los prejuicios habituales. La autora se declara contraria a las uniones calculadas y superficiales y a la idea de que la belleza es la cualidad más importante en una mujer. Según ella, lo que da verdadera felicidad es el triunfo del amor.

II. Suiza, primer período (1851-1860)

Matrimonio

Léodile se casó con Pierre Grégoire Champseix, redactor de revistas liberales como *Revue Sociale*, *Eclaireur du Centre* y *Peuple*, así como uno de los principales discípulos de la doctrina del filósofo Pierre Leroux.[13]

Léodile era hija de la pequeña burguesía, mientras que Grégoire provenía de una familia de campesinos. Su unión contravenía las costumbres sociales de la época, según las cuales las familias organizaban los matrimonios dentro de su rango social, considerando la dote o los títulos

[13] Pierre Leroux (1797-1871) fue uno de los principales representantes del socialismo «utópico». Discípulo de Saint Simon, consideraba la igualdad, la asociación, la solidaridad, la libertad y la democracia como los fundamentos de su doctrina. Trató también de orientar a los escritores hacia una literatura popular, capaz de traducir bajo forma artística las instancias sociales del pueblo. Influyó directamente sobre Victor Hugo y George Sand. Esta última, en particular, hizo de sus novelas una interpretación apasionada de las concepciones filosóficas de Leroux.

honoríficos. Pero Léodile y Grégoire se amaban con convicción profunda y Grégoire pidió la mano de Léodile a su padre, quien aceptó. Tras el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, Grégoire se refugió en Lausana, Suiza, donde se le unió Léodile.

La boda tuvo lugar en la iglesia católica de Assens,[14] el 20 de diciembre de 1851, una vez que la pareja había obtenido las actas civiles y religiosas necesarias, así como la dispensa de la autoridad eclesiástica para celebrar el matrimonio durante Adviento.[15]

Grégoire había obtenido por concurso el puesto de profesor de la universidad. Léodile se dedicaba apasionadamente a escribir. En Suiza, André

[14] No lejos de Lausana (11 km), la iglesia de Assens sirvió simultáneamente, hasta 1845, para cultos católicos y luteranos, porque la parroquia, compuesta por cuatro pueblos, era de culto mixto. Había una iglesia católica en Lausana desde 1835, pero a mediados del siglo XIX las tensiones religiosas estaban muy vivas: en 1849 algunos sacerdotes fueron suspendidos o expulsados del país.

[15] El acta oficial se conserva en el Registro de matrimonios de la parroquia católica de Assens (entre los años 1821-1887), n.° 98. Allí se hace mención explícita a los permisos obtenidos. Véase respecto a la autorización de este matrimonio *cf.* Registro Estado Civil, matrimonios del 18/11/1850 a 1/12/1853, municipio de Lausana, vol. 9 (318.36), p. 153.

Léo escribió su novela más famosa, *Un mariage scandaleux*, e inició *Un divorce*, textos publicados pocos años más tarde en Francia. Me referiré a ellos más adelante.

La fuerza del amor

La unión entre Léodile y Grégoire fue feliz y la escritora consideró que era un modelo imitable y edificante. El matrimonio fue tema privilegiado en las novelas de André Léo. El amor, el intercambio de ideas y el respeto mutuo representaban para ella la condición necesaria para garantizar no sólo la felicidad de la pareja sino también la renovación de la sociedad y la moralización de las costumbres. Según André Léo, la familia era, de hecho, el motor de la sociedad: si dentro de la familia se respetan la libertad y la dignidad de los demás, nos convertiremos en «verdaderos demócratas» en la sociedad. André Léo creía profundamente en el amor y siempre cantó sus virtudes:

> *Creo con todas las fuerzas de mi alma en el amor verdadero, ideal y carnal, aspiración de todo ser, en el que la mujer ya no es ídolo de un día sino compañera, esposa, novia, amante de toda la vida; creo en el amor que eleva, que moraliza, fecundo, para el que la familia es el objetivo y una de sus principales alegrías... ese amor es el único que responde individualmente a todas nuestras necesidades y socialmente a la justicia, de la misma manera que es físicamente conforme a las leyes naturales.*[16]

De su unión nacieron en Lausana, el 8 de junio de 1853, dos gemelos a los que dieron los nombres de André y Léo, de los que deriva el seudónimo utilizado por Léodile Béra. Es de suponer que no fueron bautizados, ya que la casilla reservada para el bautismo en el registro de nacimientos está vacía.[17]

Vivieron nueve años en barrios populares de Lausana. En 1857 se aproximaron al lago, instalándose en Cour, un barrio aún muy rural, y más

[16] André Léo: *Marianne*, Bureaux du Siècle, París, 1877, p. 335.

[17] Registro de nacimientos de la parroquia de Lausana. Del 7/6/1851 al 9/81854, vol. 14 (318.19), p. 306. No hay rastro alguno de bautismo católico en los registros de las parroquias de Assens y de Notre-Dame de Lausanne.

tarde regresaron a Lausana.[18] En la primavera de 1860, se trasladaron a Ginebra, donde Grégoire se colocó al frente de la administración del periódico liberal *L'Espérance*. Allí se quedaron sólo unos meses ya que, tras la amnistía del 3 de agosto de 1860 para los exiliados políticos, volvieron a Francia, estableciéndose en el barrio parisino de Batignolles.

[18] Registro de los Censos municipales, Archivos municipales de Lausana, 314.29 a 315.2. En los permisos de domicilio del municipio de Lausana, los Champseix anuncian su salida hacia Ginebra hacia la primavera de 1860.

III. Novelista antes de la Comuna (1861-1870)

El éxito literario

Léodile, que ya había escrito en Suiza *Un mariage scandaleux*, terminó *Un divorce* en octubre de 1861, probablemente en Fontmort, región de Cevennes.[19]

En la capital realizó vanos esfuerzos para encontrar un editor o conseguir su publicación en un periódico, pero su doble condición de mujer y principiante le cerraba el acceso a los diarios. Los editores también le acusaron de escribir novelas de tesis, moralizadoras, cuando la tendencia imperante era la edición de textos más bien «superficiales», a lo que hace referencia en *Les deux filles de Monsieur Plichon*:

> *Si su amigo quiere hacer filosofía, que la edite él mismo, así obtendrá el placer de leerse en letra impresa. Pero si quiere escribir*

[19] Hay una indicación precisa sobre este tema al final de la novela, en la edición de 1866 de la Librairie Internationale Lacroix, Verboeckhoven et Cie.

novelas y ser leído por otros, debe ocuparse sólo de la imaginación del lector.[20]

Finalmente, tras muchas negativas, en 1862 *Le Siècle* aceptó publicar *Un divorce* por entregas. Por el contrario, *Un mariage scandaleux* no encontró editor ni periódico dispuesto a publicarla. Finalmente, Leódile, que consideraba valiosa su novela, se aventuró a imprimirla por su cuenta ese mismo año.[21]

La novela recibió pronto críticas favorables, lo que alentó a la autora tras las decepciones sufridas por los muchos rechazos. El horizonte se despejaba y los estímulos se multiplicaban:

Hay hermosos paisajes... descripciones encantadoras: vemos alzarse la niebla, los surcos que humean, se siente el calor opresivo del mediodía y la dulce brisa de la tarde. [...] Hay páginas tan bellas como las más bellas de George Sand. La misma fuerza,

[20] André Léo: *Les deux filles de Monsieur Plichon*, A. Faure, París, 1865, p. 230.

[21] Según la información aportada por el señor Gagnaire, de Champagné-Saint-Hilaire.

la misma amplitud, la misma sencillez; quizá menos idealidad, pero con un plan mejor diseñado y con una observación más precisa.[22]

Un divorce y *Un mariage scandaleux* retoman con más fuerza que *Une vieille fille* el tema del amor y de los matrimonios de conveniencia. En *Un divorce*, sobre todo, André Léo puso al descubierto los efectos nefastos de las uniones rotas por no basarse en fundamentos sólidos y honestos; estudió de forma lúcida las consecuencias del divorcio, la angustia de la criatura que padre y madre se disputan, el dolor de la madre que no puede sobrevivir a la muerte de su hijo. André Léo nos pone en guardia contra una falsa concepción del amor:

Los hombres han convertido en perversión el amor que Dios les había dado. Pues bien, que la desgracia, el crimen y la vergüenza prevalezcan en el matrimonio y trastornen la sociedad hasta que

[22] C. B. Derosne: «Eloge à André Léo», *Le Constitutionnel*, 28 de julio de 1863, reproducido al final de *Une vieille fille*, librairie A. Faure, París, 1864, p. 211.

finalmente se aterroricen y renuncien a hacer del acto más solemne pasto de sus orgullos y codicias.[23]

En *Le mariage scandaleux* la heroína, Lucy, hija de la media burguesía de Poitou, consigue realizar su proyecto amoroso, casarse con Michel, un joven campesino con ganas de instruirse y que estudia botánica y agricultura con determinación, pero también geografía y un poco de historia, convirtiéndose en un «capacitado agricultor». Con ese matrimonio Lucy y Michel desafían las costumbres sociales y los prejuicios pueblerinos. Procedentes de diferentes clases sociales, a estos jóvenes no se les reconocía el derecho a amarse y casarse, pero el éxito de su unión pone al descubierto la vacuidad de los usos establecidos por la tradición.

Esta novela hace un retrato de la sociedad a través de los acontecimientos del relato, en que André Léo dibujó el perfil de burgueses y campesinos. En particular, denunció los prejuicios de la burguesía, sólo preocupada por las apariencias, y expresó un favorable aprecio hacia los campesinos. Michel es justo y sincero. Se expresa con sencillez, pero tiene

[23] André Léo: *Un divorce*, Librairie Internationale, París, 1866, p. 475.

una sólida moral. Por sus descripciones minuciosas y coloridas del entorno y las tradiciones locales, esta novela también es reveladora del profundo apego de Léodile a su tierra natal.

Estos primeros éxitos literarios animaron a André Léo a seguir escribiendo. El *Grand Larousse Encyclopédique du XIXe siècle* señaló que «la feliz madre podía en justicia estar orgullosa de obtener con sus propios recursos y con su inteligencia los medios necesarios para sufragar los gastos de la educación de sus hijos», a la que daba particular importancia. Pero este éxito también provocó la dolorosa ruptura de relaciones con la familia Béra, que no aceptó el compromiso «subversivo» de Léodile.[24]

Elisa Lemonnier,[25] *una generosa mujer fundadora de una escuela profesional para muchachas y siempre dispuesta a patrocinar*

[24] Según la información aportada por el señor Gagnaire, de Champagné-Saint-Hilaire.

[25] Marie-Julienne-Elisa Grimailh (1805-1865) fue una militante feminista particularmente preocupada por la educación y la formación de las mujeres. Fundó la *Société pour l'enseignement professionnel des femmes*. Adoptó el apellido Lemonnier tras su matrimonio con el profesor de filosofía Charles Lemonnier. *(N. de los E.)*

cualquier obra moral, la ayudó con su influencia y, secundada por el éxito de Un mariage scandaleux*, procuró a la señora Champseix un editor titular y nuevas y sinceras amistades.*[26]

Pero este período de calma fue pronto turbado por un terrible suceso. Grégoire Champseix, a cuya salud afectaron mucho las penurias del exilio, cayó enfermo y murió el 4 de diciembre de 1863:

El partido demócrata perdió a un hombre justo y generoso, siempre fiel a sus ideas.[27]

Desde entonces, André Léo repartió su tiempo entre una intensa actividad literaria y periodística, un apasionado compromiso político, y sus hijos, a los que adoraba. Con ritmo regular e intenso, se sucedieron novelas, cuentos, dos tratados, un ensayo y varios artículos.

[26] André Léo: *Un divorce*, *ob. cit.*, p. 475.

[27] André Léo*: Jacques Galéron*, A. Faure librairie-éditeur, París, 1865, p. 152.

En 1865 André Léo publicó con el editor Faure *Les deux filles de Monsieur Plichon*, novela epistolar (sesenta y dos cartas) cuya acción se desarrolla entre 1846 y 1852. Dos jóvenes amigos burgueses, muy diferentes entre sí, comparten sus experiencias vitales y abordan varios de los temas habituales de la autora: el amor en el matrimonio, el papel de los prejuicios y, también, las vanidades, las intrigas y el bullicio de la vida parisina, en contraste con la sencillez y tranquilidad de la vida rural. Si en *Un mariage scandaleux* el papel de héroe lo representaba Michel, el inteligente campesino que quería instruirse para mejorar su estatus, en *Les deux filles de Monsieur Plichon* el héroe es William, un joven burgués que compra cien hectáreas de brezales silvestres y las transforma en una fértil granja, gracias al estudio de la agricultura, a la investigación agronómica y al intercambio de ideas con otros propietarios rurales franceses, alemanes e incluso ingleses. Él y su esposa sueñan con promover la educación de los niños del pueblo, mediante la creación de una especie de escuela campestre en la que aprenderían a leer y escribir, pero también «ciencia aplicada, en la que se pueda descubrir a los niños los secretos de la naturaleza sin despojarlos de su poesía».[28]

[28] André Léo: *Les deux filles…*, *ob. cit.*, p. 345.

La necesidad de la educación

El tema de la educación es central en dos textos aparecidos durante el mismo año, la novela *Jacques Galéron* y la extensa carta *Observations d'une mère de famille à Monsieur Duruy*.

En aquella época, la enseñanza primaria estaba regulada por la ley Falloux de1850, que favorecía la enseñanza confesional y determinaba el papel de los maestros:

> *El principal deber de un maestro es dar a los niños una educación religiosa y grabar profundamente en sus almas un sentimiento de obligaciones hacia Dios, hacia su familia, hacia las otras personas y hacia sí mismos.*[29]

Aunque la ley no lo estipulaba, en realidad los maestros estaban sujetos a la autoridad del sacerdote y del alcalde. Muchos sacerdotes «utilizaban

[29] Antoine Prost: *L'enseignement en France 1800-1967*, Colin, París, 1968, p. 178.

sus derechos con intransigencia e insistieron en hacer sentir su poder»,[30] de manera que algunos maestros, por miedo a ser despedidos o trasladados, sufrían pasivamente estas injerencias.

Jacques Galéron, protagonista de la novela homónima, es, por el contrario, un maestro que paga las consecuencias de su independencia y es despedido por denunciar la omnipotencia de la Iglesia en la escuela.

> *¿Hay que dejar de ser hombre para ser maestro? ¿Tiene que depositar su conciencia, su dignidad, su inteligencia, sus afectos, incluso el honor de su esposa, en manos de un cura, alguien al que su espíritu de casta convierte en enemigo?*[31]

El libro muestra las dificultades y la soledad a la que se le condena, despreciado por unos, diana de la envidia de otros:

[30] *Ibíd.*

[31] André Léo: *Jacques Galéron*, *ob. cit.*, p. 152.

la burguesía le desdeña, los campesinos le envidian porque, nacido entre ellos, se gana el pan sin el sudor y la fatiga de su cuerpo.

En este período, Victor Duruy, ministro de Instrucción Pública entre 1863 y 1869, había hecho importantes reformas en el sistema educativo, como la educación gratuita y obligatoria y la organización de la instrucción de las niñas, lo que indignó al clero aunque el sistema educativo conservaba su carácter confesional. André Léo se dirigió a él directamente a través de una carta pública: *Observations d'une mère de famille à Monsieur Duruy*. ¿Cuál es el propósito de la educación?, le preguntaba. ¿Siguen siendo la religión y los dogmas? En vez de hacer pensar al niño, se le obliga a creer en dogmas y verdades que no pueden ser probadas. Sin embargo, lo que necesita aprender es la realidad que nos rodea, la naturaleza, los avances de la ciencia, la historia de las civilizaciones, el amor por la humanidad, en definitiva la «moral humana», basada en la fe en el progreso y en el respeto a todas las personas. Si el niño necesita lo imaginario para interesarse en algo, démosle, pero verdadero:

en la historia sagrada de la naturaleza abunda lo maravilloso.[32]

André Léo creía que se expandiría el espíritu de los niños y que estos se habituarían al razonamiento si se utilizaba una metodología basada en la observación y la práctica,[33] y si se les presentaban programas atrayentes, adaptados a ellos, fáciles de elaborar y de comprender.

Para André Léo, la psicología del niño tenía un papel fundamental en la definición de los objetivos educativos. Se oponía a los métodos acostumbrados, que se apoyaban en gran medida en la mortificación del alumno:

---

[32] André Léo: *Observations d'une mère de famille à Monsieur Duruy*, A. Faure éd., París, 1865, p. 44.

[33] La nueva pedagogía de Paul Lapie, Gréard y Buisson privilegiaba, desde el segundo Imperio, el método de la observación y la práctica y se oponía al ejercicio de la memoria y del estudio abstracto. Estos métodos fueron defendidos y propagados por una minoría de partidarios, a menudo expulsados de la escuela pública y perseguidos. Véase A. Prost: *L'enseignement...*, *ob. cit.*, p. 279.

llovían golpes y la palmeta era el principal atributo de aquellos maestros que sólo contaban con el miedo para imponer un inicio de sabiduría.[34]

Hoy en día esta óptica ha cobrado plena actualidad. Desde hace algunas décadas la pedagogía se orienta en esa dirección y valora las necesidades del estudiante, haciéndole asumir una posición central en la actividad didáctica.

La atención prestada por André Léo hacia la definición de un aprendizaje activo, capaz de captar el interés y enseñar cosas útiles, testimoniaba también su voluntad de atraer hacia la escuela a las masas, especialmente a los campesinos, para capacitarles como tales y hacer de ellos buenos ciudadanos. A mediados del siglo XIX, la ignorancia estaba muy extendida en Francia y era agravada por el odio de los campesinos hacia la enseñanza, a la que consideraban un lujo inútil. Hablar de la escuela tenía entonces un valor ideológico y reflejaba la aspiración a una sociedad democrática, republicana y laica. En efecto, sólo a través de la instrucción podría el pueblo realizar su emancipación y liberación social:

[34] *Ibíd.*, p. 115.

la instrucción del pueblo, todo depende de ella y todo es vano sin ella.[35]

Una novela feminista: Aline-Ali

Tras *L'idéal au village* (1867) André Léo abordó en *Aline-Ali* (1869) el tema de la supuesta inferioridad femenina. En esos años, el debate sobre el trabajo y la emancipación de la mujer era muy intenso (véase más adelante el capítulo «La defensa de los derechos de la mujer»). André Léo ya había publicado un tratado sobre la condición femenina, *La femme et les moeurs. Liberté ou monarchie*, pero quería abordar el tema para el público en general, lo que hizo a través de una novela bastante original, cuyo tema es la alienación de la mujer en el matrimonio.

Suzanne se siente víctima de la tiranía de su marido y su sufrimiento la conduce al suicidio. Alertada por su hermana, Aline decide disfrazarse de chico para estudiar de cerca la verdadera naturaleza de los hombres:

[35] André Léo: *Aline-Ali*, Librairie Internationale, A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie. éd., París, p. 368.

Con esta ropa... he podido comprobar la justicia de las acusaciones hechas por mi hermana y unir la amargura de mis hastíos a las lecciones de su cruel experiencia.[36]

Así, Aline podrá, en particular, conocer como hermano y amigo al hombre con quien querría casarse. La estratagema del disfraz también permitió a André Léo demostrar que ciertos prejuicios contra las mujeres son injustificados. Da un ejemplo flagrante: la misma obra que fue rechazada por un editor a una mujer, fue aceptada después, al ser presentada por un hombre.

Posteriormente, publicó varios cuentos*: Double histoire, histoire d'un fait divers* (1867), *Attendre-Espérer. Les désirs de Marinette* (1868).

Attendre-Espérer es una historia íntima sobre un amor de complicada realización. Pero su tema central vuelve a ser la educación, a través de una escuela para adultos con un amplio programa capaz de interesar a los participantes. Abundan las descripciones de paisajes, que vienen a confirmar la especial sensibilidad de la escritora con la naturaleza; una naturaleza extremadamente vital, que hay que saber observar, frecuentemente en

[36] *Ibíd.*, p. 264.

armonía con los sentimientos y el alma de los personajes, o que es incluso capaz de dar al protagonista la fuerza precisa para superar los obstáculos:

Sólo los caminantes que no le hacen remilgos a tumbarse sobre el seno de la madre común conocen esa actividad prodigiosa y ese tumulto aturdidor contenidos en lo que los superficiales llaman «el silencio del campo» o «la calma de la naturaleza». No hay nada en Londres o París de elaboración más inmensa, más apasionada, más compleja que la de este laboratorio de fuerzas secretas en el que, desde la flor a la semilla, desde la savia hasta las raíces, desde la luz a las texturas, desde la célula a la especie, todo se mueve sin cesar.[37]

Pero también se descubre, como en los románticos, el aspecto consolador de la naturaleza:

[37] André Léo: *Attendre-Espérer. Les désirs de Marinette*, L. Hachette, París, 1868, pp. 11-12.

Le agitaban muchos temores, pero el cielo era tan espléndido, todo a su alrededor era tan fecundo, tan puro, tan potente y respiraba tanta vida, que el aire caliente y fragante, a la vez que llenaba su pecho, daba esperanza a su corazón.[38]

En *Les désirs de Marinette*, André Léo aborda con una moralidad severa el tema del poder del dinero a través de las vicisitudes de la protagonista. Marinette está sola y es infeliz por haber buscado la felicidad en una vida rica y mundana, descuidando a su familia y, especialmente, a sus tres hijos. Sin embargo, se reencontrarán para comenzar una nueva vida cuando Marinette abandone permanentemente esos proyectos.

En 1868, André Léo escribió tres cuentos en París, en honor a su esposo Grégoire Champseix, natural de Treignac, en el departamento de Corrèze: *Le vieux David*, *Le tisserand, le tailleur et le berger* y *Le Drach*, que reagrupó bajo el nombre de *Légendes corréziennes*. Son historias del país que se convirtieron en leyendas populares. Las publicaría dos años más tarde, en 1870.

[38] *Ibíd.*

Un panorama de la sociedad

Las novelas de André Léo presentan una amplia panorámica de la sociedad de la segunda mitad del siglo XIX. Revelan la condición de vida de la mujer, campesina o burguesa, su sumisión primero al padre y luego al marido, la tradición de los matrimonios de conveniencia. En ellas se aprecian las sencillas costumbres campesinas, opuestas a las tensiones de la ciudad, y se da a conocer el papel de la burguesía y el poder del dinero. También se reflexiona sobre la importancia de la educación.

Son novelas de tesis, dirigidas a educar en la virtud y a moralizar las costumbres. El estilo era intencionadamente sencillo, a veces declamatorio y sentencioso, para garantizar su función didáctica. Las historias contadas, que tenían que ganarse al lector, proponían situaciones complicadas con desenlaces felices. Pero esta escritura estrechamente ligada a objetivos morales se liberaba frecuentemente de esa limitación y dejaba que se expresase un alma sensible y un lirismo convincente, propios de una verdadera artista.

IV. La actividad de periodista (1867-1870)

La Coopération, L'Égalité, L'Agriculteur

A partir de 1867, emprendió su intensa carrera de periodista.[39] Escribió varios artículos de gran interés sobre cuestiones sociales para *La Coopération*.[40] Hizo reportajes muy detallados sobre la diferencia entre la ciudad y el campo en cuanto a condiciones de trabajo y sobre las fuertes desigualdades salariales entre hombres y mujeres, pues éstas cobraban la mitad que aquellos. También estudió las consecuencias del trabajo realizado en los conventos por las religiosas, que inevitablemente reducía el precio de la mano de obra.

[39] Podemos leer una selección de sus artículos más significativos en un *dossier* preparado por la Association André Léo: *André Léo, une journaliste de la Commune*, 16140 Aigre, Éd. du Lérot rêveur, n.° 44, 1987.

[40] París, 9 de septiembre de 1866 - 14 de junio de 1868. Revista del progreso social, impresa en Bruselas; aparecía cada dos domingos.

> *El jornal diario en los campos es más o menos el mismo en todos los sitios: para los hombres, un franco y la comida o dos francos sin esta última; para las mujeres, varía entre 40 o 50 céntimos con la comida y 75 céntimos sin ella. En las ciudades, el jornal depende de la industria de que se trate, pero para las obreras es el mismo que el de las pobres mujeres rurales, entre 40 y 50 céntimos. Eso se debe al trabajo de los conventos, que lanzan al mercado enormes cantidades de prendas a precio reducido.*[41]

Solicitó la constitución y difusión de asociaciones obreras, no sólo con el objetivo práctico de lograr mejores condiciones de trabajo, sino también y sobre todo con un objetivo formativo: elevar el nivel moral de sus asociados.

> *No se trata de forjar un simple engranaje, se trata de establecer un nuevo orden de relaciones humanas. La asociación no tiene*

[41] André Léo: «Lettre au Rédacteur», *La Coopération*, n.° 12, 10 de febrero de 1867.

como único objetivo el bienestar, también obliga a ser justo y eleva necesariamente el nivel moral.[42]

Para André Léo, con frecuencia la asociación era condenada al fracaso por el espíritu autoritario de sus miembros. Era imprescindible, por tanto, saber convertirse en verdaderos demócratas, renunciando a egoísmos:

Es necesario confesar que la democracia de la que tanto se habla tiene tantas dificultades de hecho para avanzar por su escaso arraigo en los propios individuos. Para crear, hay que ser; sólo puede realizarse lo que se tiene en sí mismo. Con frecuencia, se observa un espíritu despótico entre quienes reclaman la libertad. Un rebelde amor propio es suficiente para odiar la tiranía, pero para ser equitativo hacia los demás hay que tener espíritu de justicia y sacrificar el egoísmo.[43]

[42] André Léo: «Les Associations à Nantes», *La Coopération*, n.° 18, 5 de mayo de 1867.
[43] *Ibíd.*

André Léo solicitó la realización de fiestas cooperativas, entendidas como momentos alegres de instrucción y educación para el pueblo, que encontraría demasiado fatigosa la participación en las clases nocturnas:

El futuro de la educación depende completamente de la posibilidad de hacer atractiva la moral y de hacerla penetrar en la vida como el perfume en la flor... El pueblo necesita expansión, alegría, movimiento, espectáculo, algo que satisfaga en él la búsqueda instintiva de lo bello... Necesita fiestas.[44]

Fustigó la miseria,

una plaga material moralmente no menos temible[45]

y la embriaguez,

[44] André Léo: «Les fêtes coopératives», *La Coopération*, n.° 15, 24 de marzo de 1867.
[45] André Léo: «L'économiste et la ménagère», *La Coopération*, n.° 26, 25 de agosto de 1867.

único placer del pobre, que degrada al obrero, arruina a las familias y rebaja la talla moral.[46]

Reflexionó sobre el principio y el valor de la libertad, el bien supremo del ser humano. Libertad de actuar para reaccionar y combatir contra la «fatalidad» y las costumbres que, demasiado a menudo, regulan nuestra vida, con el fin de

transformar las relaciones humanas haciendo penetrar en ellas la fraternidad y la justicia.[47]

Esta idea de libertad «activa» se enfrentaba a las doctrinas habituales de economistas como Charles-Barthélemy Dunoyer,[48] Léon Ramber y Renan,

[46] *Ibíd.*

[47] André Léo: «L'économiste et la ménagère», *ob. cit.*

[48] Charles-Barthélemy Dunoyer (1786-1862) fue un economista francés defensor del liberalismo, que teorizó sobre los ciclos económicos y las crisis, y autor de obras como *L'Industrie et la morale considérées dans leurs rapports avec la liberté* (1825)

que consideraban que la desigualdad era necesaria e ineluctable. André Léo retomará esta idea en *La grande illusion des petits bourgeois*:

Lea a los economistas, señor Roger; le dirán que la miseria es un mal necesario, que la miseria y la desigualdad son cosas inevitables en la mejor organización social.[49]

En febrero de 1869, André Léo aceptó colaborar en *L'Egalité*, semanario cuyos principales redactores eran Bakunin, Charles Perron,[50] J. Guillaume y Schwitzguébel, quienes la recibieron con admiración:

Tenemos una noticia que, sin duda, agradará a nuestros lectores. Uno de los primeros escritores socialistas de Francia, la señora

o *De la Liberté du travail, ou Simple exposé des conditions dans lesquelles les forces humaines s'exercent avec le plus de puissance* (1845). *(N. de los E.)*

[49] André Léo: *La grande illusion des petits bourgeois*, Bureaux du Siècle, París, 1876, p. 253.

[50] Charles Perron (1837-1909) era cartógrafo y anarquista.

André Léo, nos ha comunicado que acepta ser colaboradora de L'Egalité.

Era la ocasión propicia para que nuestra escritora precisara sus ideas sobre el valor de la igualdad, pero sobre todo, según creía ella, sobre los medios que adoptar para su afirmación completa. Sin embargo, en su carta de presentación, André Léo quiso expresar que sus intenciones diferían de las profesadas por sus amigos redactores, con los que estaba de acuerdo en el objetivo, la libertad para todos, pero no siempre en los medios que emplear:

> *Estoy de acuerdo con vosotros en cuanto al objetivo, pero a veces diferimos en cuanto a los medios.*[51]

André Léo afirmaba con realismo que «antes de actuar hay que conocer el terreno sobre el que se va a caminar»[52] y que no se podía olvidar que

[51] André Léo: *L'Egalité*, n.º 8, 13 de marzo de 1869.
[52] *Ibíd.*

el ser humano «quiere en razón de lo que es, de su situación, de sus propias luces».[53] Siglos de ignorancia y de oscurantismo impedían al pueblo una visión clara y correcta de la realidad en que vivía. No se trataba de censurarlo o de atacarlo, sino más bien de hacerse entender. «Para mí, se trata mucho más de entender que de odiar, de esclarecer mucho más que de vencer».[54]

En desacuerdo con los representantes del anarquismo contemporáneo, André Léo se mostraba tolerante con respecto a los trabajadores pequeños burgueses o campesinos que todavía no luchaban por el socialismo.

> *Van retrasados, os lo reconozco. ¿Y qué? Están en ruta, siguiendo el camino que vosotros ya habéis recorrido.*[55]

Fiel a los valores de justicia, tolerancia y democracia añadía:

[53] *Ibíd.*
[54] *Ibíd.*
[55] *Ibíd.*

¿Nosotros también vamos a excomulgar? [...] Creemos en la igualdad. Actuemos conforme a nuestra fe respetando la dignidad del otro tanto como la nuestra.[56]

El rechazo a todo sectarismo, su oposición nítida a la pretensión de dividir el movimiento de los trabajadores eran sin duda signos de su clarividencia política: sólo la unidad, pensaba ella, podría garantizar una mayor fuerza contractual y permitir ganar la batalla del socialismo.

Esta postura no podía quedar sin respuesta. El mismo día, Perron reprobó y desautorizó en nombre del comité de redacción a su nueva colaboradora[57] y, algunos días más tarde, fue el mismo Bakunin quien tildó a André Léo y a sus amigos de «socialismo burgués».[58]

Benoît Malon,[59] que se había vinculado a André Léo el año precedente

[56] *Ibíd.*

[57] «Todo compromiso, toda concesión pospondría la completa emancipación del trabajo», en C. Perron: «Critique à André Léo», *L'Egalité*, 13 de marzo de 1869.

[58] Mijail Bakunin: «Critique à André Léo», *L'Egalité*, 27 de marzo de 1869.

[59] Benoît Malon (1841-1893) fue un escritor y periodista anarquista, afiliado a la AIT desde 1863. Fundó el sindicato de obreros textiles y tintoreros y la sociedad de socorros mutuos en la localidad de Puteaux y escribió en el periódico *La Marseillaise*. Partidario de la corriente bakuninista de la Internacional, escribió al menos seis obras, entre ellas *La Troisième défaite du Prolétariat Français* (sin fecha conocida) o *Morale sociale* (1876). *(N. de los E.)*

con una tierna amistad, se solidarizó con ella y habló del «triste asombro que me causó la lectura de estas líneas dictadas con toda seguridad por Bakunin». Alain Dalotel señala una cierta duplicidad de Malon, «que en aquella época formaba plenamente parte de la organización secreta de Bakunin sin habérselo contado a André Léo».[60]

Como epílogo a este «incidente», *L'Egalité* del 10 de abril publicó este simple aviso:

lamentamos anunciar que la señora André Léo no seguirá colaborando en la redacción de L'Egalité*.*

[60] A. Dalotel: «Benoît Malon, troisième fils d'André Léo?», *Du Forez à La revue Socialiste: Benoît Malon (1841-1893)*, Publications de l'Université de Saint-Étienne.

Pero André Léo siguió fiel a su idea y, con sus amigos Paul Lacombe, Julie Toussaint y Élisée Reclus, puso en marcha un programa de «esclarecimiento» de las masas populares y en particular de los campesinos, que eran los más iletrados y numerosos. En su «Llamamiento a los demócratas», redactado para la presentación de *L'Agriculteur*, justificaron su línea política:

> *al salir de una larga sumisión, el pueblo, ignorante y crédulo, pobre y dependiente, privado de todo medio para juzgar los hechos y a las personas, estaba condenado a su abdicación, sometiendo con él y bajo el mismo yugo, por la fuerza del número, a la parte esclarecida de la nación.*
>
> *A partir del establecimiento del sufragio universal, la tarea de la democracia era evidente: esclarecer al pueblo, especialmente al del mundo rural, el más ignorante y el más numeroso.*[61]

[61] P. Lacombe, J. Toussaint, É. Reclus y A. Léo: «A todos los demócratas», circular redactada para *L'Agriculteur*, periódico del domingo, Impr. de J. Voisvenel, 14, rue Chauchat, París, 1870, p. 1.

El comité de redacción decidió la estructura y los contenidos del periódico: escrito en un lenguaje sencillo y atractivo, tendría que interesar a los campesinos con artículos relacionados con el trabajo en el campo. El proyecto del semanario tenía además un ambicioso objetivo didáctico, para lo que publicaría artículos de historia, de ciencias, de política y de actualidad. Pero *L'Agriculteur*, tan deseado, no pudo ver la luz. En pleno régimen imperial, demasiadas dificultades obstaculizaban la organización y la realización de la propaganda democrática.

V. El encuentro con Benoît Malon

André Léo conoció a Benoît Malon en 1868. Léodile era ya una escritora y periodista reconocida y él estaba al principio de su carrera política. La intensa correspondencia íntima que Alain Dalotel nos ha dado a conocer nos muestra a un Malon «alumno atento y con insaciables ganas de saber».[62]

Muchas cosas los acercaban: la soledad, el sufrimiento, la moral, la poesía campestre.[63]

Malon se desesperaba por *ser indigno* del afecto que Léodile le profesaba y declaraba su devoción hacia ella:

> *desde hace seis años eres el ideal de mi vida, el alma de mi alma.*[64]

[62] A. Dalotel: «Benoît Malon, troisième fils...», *ob. cit.*, p. 73.
[63] *Ibíd.*, p. 74.
[64] *Ibíd.*, p. 81.

A menudo se ponían de acuerdo en las cuestiones de principios: compartían las mismas opiniones sobre la condición de la mujer, sobre la cuestión París-provincia, sobre la libertad de prensa, sobre la necesidad de educación, sobre el principio de igualdad... No obstante vivieron experiencias políticas en las que participaron de modo completamente autónomo.[65]

[65] Para saber más sobre la biografía de B. Malon y sus relaciones con André Léo, remito también a C. Latta: «Léodile Champseix dite *André Léo*», *ob. cit.*

VI. La defensa de los derechos de la mujer

Durante los últimos años del Imperio, en 1868, hubo cierta libertad de acción en Francia. Las reuniones públicas no fueron prohibidas con tanta severidad y André Léo participó en ellas activamente. Las conferencias del Tivoli-Vauxhall[66] y después las de la Redoute se dirigían a un público obrero y versaban sobre el trabajo de las mujeres y su emancipación. André Léo, María Deraismes,[67] Maxime Breuil y Paule Minck[68] abordaron con

[66] Sala de espectáculos hoy desaparecida, situada en la parisina rue de la Douane (hoy rue Léon-Jouhaux), donde a lo largo del siglo XIX se celebraron numerosos mítines, conferencias y reuniones políticas, entre ellas varios encuentros de las feministas de la época, en los que participaron la propia André Léo y Louise Michel. *(N. de los E.)*

[67] María Deraismes (1828-1894) era una feminista y francmasona francesa, fundadora de la L'Association pour le droit des femmes, autora entre otras obras de *Les Droits de l'enfant* (1887) o *Ève dans l'humanité* (1891). *(N. de los E.)*

[68] Paulina Mekarska (1839-1901) fue una periodista francmasona y socialista, de familia emigrante polaca. Se convirtió en una de las fundadoras de la feminista Société Fraternelle de l'Ouvrière, escribió en *Le Petit Journal*, *Le Cocarde* y la revista feminista *La Fronde* y militó en el Parti Ouvrier Français. *(N. de los E.)*

valentía temas considerados tabú por la gran mayoría del público. Discutieron sobre la condición de la mujer y sobre la necesidad de que trabajase para obtener la igualdad social. Se plantearon la creación de «cooperativas específicas de trabajo femenino»[69] y proclamaron la necesidad de que las jóvenes también recibiesen educación.

Una gran parte del público se mantenía distante, como constataba Gustave Lefrançais, porque los obreros franceses estaban influidos por las ideas proudhonianas respecto a la mujer,[70] notoriamente antifeministas. Un segundo grupo, formado principalmente por los organizadores y los proudhonianos de izquierda, expresó su opinión favorable al trabajo de las mujeres. Estas discusiones culminaron en una votación sobre ese principio, reconociendo la igualdad de derechos de las mujeres.[71]

[69] Citado según A. Dalotel, A. Faure y J. C. Freiermuth: *Aux origines de la Commune. Le mouvement des réunions publiques à Paris 1860-1870*, Maspéro, París, 1980, p. 170.

[70] La influencia de Proudhon sobre los obreros franceses era grande. La sección francesa de la AIT, organizada por los proudhonianos Tolain, Fribourg y C. Limousin, se había expresado contra la participación de las mujeres en la producción y, por tanto, en el trabajo.

[71] E. Thomas: *Les pétroleuses*, *ob. cit.*, pp. 40-41.

Ese mismo año, bajo el impulso de dichos debates, se organizaron reuniones en casa de André Léo, que culminaron en enero de 1869 en la constitución de la Société de revendication des droits de la femme. Entre otras, participaron en ella Louise Michel,[72] María Deraismes, la esposa de Émilie Boissonnet, Élie Reclus[73] y Marthe Noémie Reclus.

En un artículo titulado «La Ligue des femmes en France», André Léo dio a conocer los fines principales de esta asociación:

[72] Clémence-Louise Michel (1830-1905) fue, seguramente, la más célebre de las mujeres que participaron en la Comuna de París. Formó parte activa del movimimiento obrero y feminista de la época, y escribió una de las crónicas comuneras más importantes: *La Comuna de París*, La Malatesta, 2013. *(N. de los E.)*

[73] Élie Reclus (1827-1904) era hermano mayor de Elisée Reclus y miembro de la bakuninista Alianza por la Democracia Socialista. Fue director de la Bibliothèque Nationale durante el breve período de la Comuna de París. Escribió en *La Revue Politique*, *Travailleur* y *Les Temps Nouveaux*. Es autor de *Impresiones de un viaje por España en tiempos de revolución* (Pepitas de Calabaza, Logroño, 2007) y *Los primitivos. Estudios de etnología comparada* (1885). *(N. de los E.)*

> *informar y educar a la opinión pública para preparar a las generaciones futuras de cara a una sociedad más justa.*[74]

Para responder a esta exigencia, la Société abordó concretamente la creación de una escuela para mujeres jóvenes. Conforme a los principios educativos sostenidos por André Léo, en esta escuela la enseñanza debía fundarse en una metodología activa orientada a la formación de jóvenes demócratas.

La preocupación de las militantes de la Société de revendication des droits de la femme también se plasmó en la redacción de un manifiesto que pedía la reforma del Código Civil, que ignoraba los derechos de las mujeres.[75]

[74] Citado según Alessandra Anteghini: *Parità Pace Libertà, María Goegg e André Léo nell' Associazionismo Femminile del secondo Ottocento*, Name ed., Génova, 1998, p. 65. El artículo en cuestión, como señala Anteghini, fue publicado en dos revistas diferentes: *Les États-Unis d'Europe*, año II, n.° 5, 31 de enero de 1869, p. 18 y *Le Journal des Femmes,* n.° 2, 20 de marzo de 1869, p. 2. El libro de Anteghini examina las asociaciones de mujeres que, en Francia y Suiza, lucharon durante la segunda mitad del siglo XIX por el trabajo cooperativo, la paz, la educación, los derechos civiles y políticos.

[75] Según A. Anteghini: «André Léo, Noémie Reclus, Mme. Verdure, Nelly Lieutier,

André Léo colaboraría al mismo tiempo en el periódico *Le Droit des Femmes*, fundado por Léon Richer.[76] Este bimensual llevaba «una campaña informativa sobre el trabajo de las mujeres, la condición de las obreras, la educación, el matrimonio, la prostitución» y presentaba «de modo accesible, la actualidad política».[77] La colaboración de André Léo con este periódico duró sólo algunos meses, pero publicó allí un importante

"La femme de Richer, Revendications des droits civil"», *Le Droit des Femmes*, 18 de abril de 1869.

[76] Léon-Pierre Richer (1824-1911) era periodista y masón, y participó en la fundación de la Ligue française pour le droit des femmes. Considerado como «feminista» en algunas de sus reseñas biográficas, era opuesto al sufragio femenino, no por una inferioridad intrínseca sino con base en un supuesto conservadurismo cultural de la población femenina, cuya opinión consideraba influida por el clero, idea muy extendida entre los izquierdistas de la época y que todavía en las primeras décadas del siglo XX se utilizaría como un argumento recurrente. Es autor, entre otras obras, de *Le droit des femmes* (1879) y *Le divorce: projet de loi précédé d'un exposé des motifs et suivi des principaux documents officiels se rattachant a la question* (1874). *(N. de los E.)*

[77] Citado según Inge Tryml: «Une grande figure méconnue. André Léo sous l'Empire et la Commune», *La Commune*, n.° 16, enero de 1982, p. 21.

tratado sobre la condición de la mujer: *La femme et les moeurs. Liberté ou monarchie*, obra con la que quiso hacer una evaluación histórica de la condición de la mujer y replicar a pensadores pretendidamente «demócratas», como Proudhon o Michelet, que habían insultado a las mujeres y pretendían justificar la inferioridad de éstas. Proudhon, en particular, en su libro *Justice dans la Révolution et dans l'Église*, había querido demostrar de modo científico la triple inferioridad de la mujer: física, intelectual y moral.

André Léo analizó y desmintió detalladamente cada una de las tesis proudhonianas. Precisó que físicamente la mujer no es inferior al hombre, sino diferente, porque su fuerza está destinada a fines diferentes, como la maternidad. Se opuso a los hombres que justificaban «el derecho del más fuerte» y proclamó «el derecho común».

A los que acusaban a las mujeres de ser incapaces de tener elevadas ideas, aportando como prueba el hecho de que su cerebro es más pequeño que el del hombre, André Léo respondió que en lugar de pesar y medir el cerebro humano habría que investigar las causas de la apatía general de las mujeres ante la cultura y los problemas sociales.

Se observaría entonces que la ausencia de educación, de libertad y de responsabilidad eran las causas determinantes de la actitud a menudo pasiva de las mujeres:

> *cuando la inteligencia de la mujer haya dejado de ser encerrada sistemáticamente dentro de los primeros moldes de la concepción humana; cuando se le haya devuelto el aire y la libertad; cuando reciba una educación semejante a la del hombre, entonces nuestros fisiólogos podrán coger de nuevo sus básculas y rehacer sus cálculos.*[78]

En cuanto a la maternidad, André Léo quiso poner en evidencia una mistificación, muy del gusto de los hombres, según la cual la mujer nació principalmente para ser madre. Si eso fuese verdad, también deberían ellos intentar que recibiese una educación capaz de satisfacer las necesidades

[78] André Léo: «La femme et les moeurs. Liberté ou monarchie», *Le Droit des Femmes*, París, 1869, p. 73. Existe una edición reciente publicada en Lérot éd., Tusson (Charente), 1990, con prefacio de Monique Biarnais.

y las curiosidades infinitas del niño, y deberían respetarla. Por el contrario, la madre es despreciada en la familia y en la intimidad cotidiana.

André Léo defendía y valoraba la maternidad, pero advirtió a las mujeres contra una absorción total de su vida por ese rol. La maternidad no debe ser para las mujeres

> *su función suprema, su moral, porque la mujer nace, tanto como el hombre, para la vida, y su deber no puede ser anterior a su libertad, ya que sólo afecta a su conciencia, a ella misma.*[79]

El trabajo haría independiente a la mujer, por eso es preferible verla atada al hogar. Pero, cuando trabaja, su salario es tan bajo que no le basta para mantenerse a sí misma. La educación sería el principal medio de toma de conciencia, aunque se haya creído siempre que «instruir a una mujer era perjudicial para su corazón».

La prostitución, la degeneración del matrimonio, la gran difusión del concubinato en las ciudades, los infanticidios, la proliferación de los niños

[79] *Ibíd.,* p. 105.

abandonados o el aumento del número de abortos eran consecuencias extremas de la disminución del nivel moral de la sociedad y del estado de inferioridad que sufría la mujer.

Para André Léo se trataba de reafirmar el principio de igualdad de la mujer, sancionado por la Revolución francesa pero poco asumido y poco defendido por la humanidad. Se trataba de refutar a aquellos republicanos y socialistas que querían que las mujeres siguieran sometidas al hombre y que, luchando por la democracia en cuanto a los gobiernos, justificaban y reclamaban jerarquía dentro de las familias. Se trataba, en fin, de reconocer derechos para todos los «individuos» y de admitir que las diferencias que los caracterizan no dependen del sexo, sino de las diversas realidades culturales, sociales y ambientales propias de cada persona.

De manera frecuentemente velada, pero en ocasiones explícita y con tono rotundo, lanzó desde las páginas de sus novelas una propuesta muy osada y original para su tiempo: que todas las mujeres, ricas o pobres, se uniesen en una lucha común por su emancipación y por el reconocimiento de sus derechos naturales y completamente legítimos. Había que poner fin al desprecio y las injurias que se cruzaban entre mujeres

de clases sociales diferentes. La complicidad con los hombres, maridos o amantes, era peligrosa para ellas mismas, pues su división reforzaba a los hombres:

> *Mucho tiempo nos hemos engañado y explotado las unas a las otras. Unámonos: con esta alianza recuperaremos la felicidad y la dignidad, los hombres recuperarán el honor y la humanidad reencontrará el amor.*[80]

[80] André Léo: *Marianne*, *ob. cit.*, p. 352.

VII. La militante política antes de la Comuna

Los últimos años del Imperio

A la vez que militaba en la defensa de los derechos de la mujer, André Léo tomó parte activa en los acontecimientos políticos durante los últimos años del segundo Imperio.

Cuando Pierre Bonaparte, primo de Napoléon III, asesinó al periodista republicano Victor Noir, 200.000 parisinos y parisinas acudieron a las exequias el 12 de enero de 1870. La presencia de mujeres fue muy importante. «Mujeres por todas partes», señalaba Jules Vallès.[81]

André Léo participó en los funerales con Louise Michel, que iba vestida de hombre y llevaba un puñal bajo su ropa. Más tarde ésta escribió:

[81] Jules Vallès (1832-1885) era un periodista, escritor y militante de la izquierda radical francesa, fundador del mítico periódico *Le Cri du Peuple*. Participó en la Comuna de París, hecho por el cual fue condenado a muerte, lo que le obligó a exiliarse a Londres entre 1871 y 1880. La cita corresponde a *L'Insurgé*, Oeuvres Complètes, Les Éditeurs Français Réunis, París, 1951-1968, p. 144.

casi todos los presentes en los funerales pensaban volver a su casa bajo una república o no volver nunca.[82]

Algunos meses más tarde, cuando varios blanquistas fueron detenidos y condenados a muerte por haber intentado apoderarse de las armas del cuartel de la Villette, ambas mujeres, con Adèle Esquiros, tuvieron el coraje de enviar una petición en su favor al general Trochu. Las ejecuciones, fijadas para el 2 de septiembre, fueron pospuestas y dos días más tarde, el 4 de septiembre, el Imperio cayó.

El sitio de París

Además de su activismo en el Comité de Vigilancia de Montmartre, junto a Louise Michel, la señora Collet y la señora Poirier, André Léo participó también en la vida de los clubes, que se habían multiplicado a partir del 4 de septiembre.

[82] Louise Michel: *La Commune*, P.-V. Stock, París, 1898, p. 29.

En ellos se discutía sobre la defensa de París, sobre el envío de delegaciones al Hôtel de Ville, se exigían incursiones masivas y se polemizaba sobre el socialismo.[83]

Los acontecimientos políticos de estos meses se sucedían a un ritmo acelerado y André Léo se reveló como una militante apasionada e infatigable.

El 18 de septiembre, André Léo y su camarada Louise Michel encabezaron un pequeño grupo de mujeres. Querían manifestarse en apoyo de Estrasburgo, asediada desde hacía un mes, y se dirigieron al Hôtel de Ville para pedir armas. Fueron detenidas, aunque pronto las liberaron.

Tras la capitulación de París, los delegados de la Guardia Nacional, de los comités de vigilancia y de los clubes se citaron el 22 de enero en la plaza del Hôtel de Ville para oponerse a la rendición. Estaban allí Sophie Poirier,[84]

[83] E. Thomas: *Les pétroleuses*, *ob. cit.*, p. 58.

[84] De Sophie Poirier no hemos conseguido localizar fechas de nacimiento y defunción, pero sí algunos datos sobre su actividad. Según la *Encyclopédie politique et historique des Femmes* dirigida por Christine Fauré (PUF, 1997), Poirier fundó «un taller de corte y confección, en el que las trabajadoras participaban en los beneficios: llegó a emplear a un centenar de mujeres» y, durante la Comuna, fue presidenta del Comité de Vigilancia de Montmartre. *(N. de los E.)*

Béatrix Excoffon[85] y Louise Michel junto con André Léo. Desde las ventanas del Ayuntamiento dispararon contra los manifestantes, que pronto fueron dispersados. Hubo detenciones.

André Léo denunció con amargura en sus artículos las verdaderas causas de este fracaso. París estaba sola en su lucha contra el gobierno, porque toda Francia estaba contra París. Las elecciones del 8 de febrero, última esperanza de los republicanos progresistas, fueron un nuevo fracaso, ya que los conservadores obtuvieron una amplia victoria.

La necesidad de una unión de ideas entre París y la provincia se mostraba fundamental para la salvación de la verdadera República. Al servicio de esa lógica se puso la revista *La République des Travailleurs*.

[85] Béatrix Excoffon nació en 1849; no tenemos datos sobre su fecha de defunción. Fue enfermera y vicepresidenta del Comité de Vigilancia de Montmartre. *(N. de los E.)*

La République des Travailleurs

André Léo fundó este periódico con su amigos Benoît Malon, Élie Reclus y Elisée Reclus. Órgano de las secciones de Batignolles y Ternes de la AIT, fue fundado el 10 de enero de 1871 como semanario, para convertirse en diario a partir del 3 de febrero. Sus lemas eran «no más derechos sin deberes», «no más deberes sin derechos» y «autoemancipación de los trabajadores». Su objetivo era

> *el cumplimiento de las promesas de la Revolución francesa, la institución de un orden nuevo, fundado sobre la justicia, en lugar del viejo orden, fundado sobre el privilegio.*[86]

Su destino fue corto, seis números, pero André Léo escribió en ella un número considerable de artículos. Se trataba de luchar no sólo contra

[86] A. Léo, Berteault, Matorral, Chalain, Chate, Coupery, Davoust, Dianoux, Doby, Ruet, Lanjalley, Malon, Mangold, É. Reclus, M. Reclus, A. Rey, Rsevin: «Nôtre programme», *La République des Travailleurs*, n.° 1, 10 de enero de 1871.

Prusia, sino también, y sobre todo, de organizar una propaganda eficaz contra los gobernantes que, en lugar de defender y salvar a Francia, la conducían a su perdición. La tarea era grande y difícil, porque en las provincias sólo se oía la voz del gobierno, a través de la prensa conservadora.

Tenían un doble objetivo: hacer conocer a los franceses los acontecimientos de la actualidad política de modo sencillo pero riguroso, con el fin de despertar las conciencias y de hacer de la política «la ciencia de todos», pero también había que «agruparse bajo la misma bandera» para tener la fuerza necesaria para derribar al gobierno. La redacción del periódico incitaba por tanto a la «unidad para la salvación».

En las páginas de este periódico, André Léo abordó con pasión las relaciones entre religión y poder político. Atacó violentamente el «fetichismo político»,[87] consecuencia del «fetichismo religioso», no menos criticable.

André Léo decía que la opinión pública consideraba que su jefe político era inamovible, exactamente igual que si fuese una autoridad religiosa.

[87] André Léo: «Le fétichisme», *La République des Travailleurs*, n.° 2, 15 - 22 de enero de 1871.

Atacó abiertamente al general del Ejército Trochu, presidente del gobierno de la Defensa nacional y gobernador de París. Por el contrario, exaltó repetidas veces al pueblo de París, a esos ciudadanos que morían heroicamente cada día a causa de su miseria o defendiendo el país.

Lanzó todo tipo de invectivas contra la decisión del gobierno de racionar el pan, lo que significaba la muerte para los pobres, cuyas fuerzas estaban ya exhaustas. Atacó a los especuladores que habían sacado provecho de los sufrimientos y miserias del pueblo durante el asedio para enriquecerse y hacer subir la Bolsa:

> *grandes fortunas amasadas con tus miserias, con el sufrimiento de tu mujer, con la muerte de tu hijo, ¡Francia muere para que la Bolsa viva!*[88]

Incitó al pueblo a la lucha:

[88] André Léo: «Les spéculateurs», *La République des Travailleurs*, n.° 4, 29 de enero - 5 de febrero de 1871.

> *Corresponde al pueblo emerger, actuar, vencer, ejecutar esos prodigios de los que la rutina duda pero que el patriotismo es capaz de cumplir. ¡Adelante los hombres! ¡A las murallas los ancianos! ¡A las barricadas las mujeres!*[89]

Se indignó contra la vergüenza de la capitulación de París:

> *¡Después de [la capitulación de] Sedán, ahora París! [...] Tengamos audacia y heroísmo, los únicos medios para vencer aún no ensayados. ¡Ciudadanos de París, formad vuestros batallones!*[90]

Las elecciones generales convocadas el 8 de febrero representaban una posibilidad concreta de desquite para el pueblo, pero la victoria nítida de los conservadores puso fin a las esperanzas progresistas. El último número (el n.° 6) de *La République des Travailleurs* había salido el 4 de febrero.

[89] André Léo, «Bulletin», *La République des Travailleurs*, n.° 3, 22 - 29 de enero de 1871.

[90] André Léo, «Vouloir», *La République des Travailleurs*, n.° 4, 29 de enero - 5 de febrero de 1871.

Léontine Suetans, condenada a muerte (con conmutación de pena posterior) por el incendio del Tribunal de Cuentas

Es interesante hacer algunas reflexiones sobre el estilo de sus artículos en estos años, porque la lucha política y la propaganda planteaban un terreno de «acción verbal» muy particular. A menudo utilizó un estilo directo en sus llamamientos y denuncias, recurriendo conscientemente a imágenes —«languideceremos sobre Francia exhausta, como un niño languidece y muere sobre la teta seca del cadáver de su madre»— y a signos de exclamación, manifestando predilección por el lenguaje irónico, incisivo y evocador. El ritmo era apremiante, el estilo enérgico. Todos estos elementos hacían que sus artículos fuesen muy vivos, eficaces, capaces de llamar la atención del lector y de incitar su imaginación, aunque a veces se los encuentre hoy «un poco redundantes» y repetitivos.

VIII. La Comuna

Desde el 18 de marzo de 1871, André Léo se consagró sin reservas a la causa de la Comuna. Su compromiso político se desplegó en varios frentes: fue periodista, oradora y se adhirió a diferentes comités.

Los comités

Miembro del Comité de Vigilancia de Montmartre desde el comienzo del asedio, durante la Comuna tomó parte activa en otros comités: el Comité de las ciudadanas del distrito 17 y el Comité del distrito 10 de la Unión de las Mujeres para la defensa de París y el cuidado de los heridos. Este último era, de hecho, la sección francesa femenina de la Internacional.

Dichos comités dirigían talleres de trabajo, reclutaban ambulancias, prestaban asistencia a las familias indigentes de los federados, enviaban oradoras a los clubes... Algunos días antes de la rendición de la Comuna,

André Léo aceptó formar parte de una comisión destinada a supervisar la enseñanza en las escuelas de chicas.[91]

Ahora bien, André Léo efectuó su propaganda a favor de la Comuna especialmente a través de sus artículos, relatando y comentando los acontecimientos de la actualidad política. Fundó con su amiga Anna Jaclard[92] el

[91] *Journal Officiel*, 22 de mayo de 1871. La comisión de la enseñanza de la Comuna había decidido el aumento de las retribuciones de maestros y maestras y, por primera vez, había proclamado la igualdad de salarios entre hombres y mujeres (E. Thomas: *Les Pétroleuses*, *ob.cit.*, p. 136).

[92] Anna Vasilievna Korvin-Krukovskaya (1843-1887) fue una socialista y feminista rusa, hija de familia militar y aristocrática. En su juventud, estuvo brevemente comprometida con Fiódor Dostoyevski. Entró en contacto con el exilio radical ruso en Ginebra, donde fue a estudiar medicina. Allí conoció al blanquista Victor Jaclard, expulsado de Francia, y que acabaría siendo su compañero. Formó parte de grupos anarquistas de tendencia bakuninista pero, no obstante, estuvo afiliada a la sección rusa de la I Internacional hegemonizada por Marx. Cofundadora del diario *La Sociale*, jugó un papel activo en la Comuna y, más concretamente, en el Comité de Vigilancia de Montmartre. *(N. de los E.)*

diario *La Sociale*,[93] pero escribió también en *La Commune*[94] y en *Le Cri du Peuple*.[95]

La cuestión París - provincias

En estos periódicos retomó la vieja discusión sobre la necesidad de realizar propaganda informativa en las provincias, para difundir allí la «idea social», que sólo París sostenía firmemente. Las incomprensiones eran evidentes:

> *París, orgullosa de su misión histórica, siente que tiene un mandato de toda Francia, pero las provincias desconfían de esta ciudad que hace y deshace gobiernos... y mantiene en el corazón del país un foco permanente de desorden y subversión. El resultado de las elecciones materializa ese desacuerdo: París elige a republicanos avanzados, las provincias a una mayoría conservadora.*[96]

Además, la circulación de ideas nuevas en las provincias se veía obstruida por un «complot monárquico» manejado por los versalleses de Thiers, que organizaban eficazmente una feroz campaña contra la Comuna. André Leó alentó la organización de la Unión Republicana, para dar a conocer la verdad en las provincias:

> *que dos veces a la semana se lleve y publique en las provincias un informe sucinto e imparcial de los hechos... No se trata de sostener ni de combatir a la Comuna. Se trata de la verdad.*[97]

Pese a todo, André Léo seguía siendo optimista y creía que los esfuerzos

[93] Diario político de la tarde, 31 de marzo de 1871 - 18 de mayo de 1871.

[94] *La Commune*, revista de la tarde, 20 de marzo de 1871 - 19 de mayo de 1871.

[95] Véase nota al pie n.° 87, p. 120.

[96] P. Albouy: «Le mythe de Paris et la Commune», en AA.VV.: *Ricerche sulla Comune*, Centro gráfico S, Milán, 1974, p. 24.

[97] André Léo: «Appel aux consciences», *La Sociale*, 23 de abril de 1871 y *La Commune*, 22 de abril de 1871.

en esa dirección no serían vanos, porque «aunque las provincias odien y maldigan a París, por otra parte también se sentían avergonzadas» del comportamiento de la Asamblea Nacional.[98]

Tuvo gran alcance político su celebre llamamiento a la conciencia de los campesinos, *Au travailleurs des campagnes*, del que se distribuyeron más de cien mil ejemplares en provincias. André Léo quiso poner en evidencia la semejanza entre la condición obrera en las ciudades y la condición campesina, ambas explotadas, ambas teniendo que luchar por la misma causa:

> *Hermano, te engañan. Nuestros intereses son los mismos. Lo que pido, tú lo quieres también; la emancipación que reclamo es la tuya también.*[99]

Más adelante advertía a los campesinos:

[98] André Léo: «La France avec nous», *La Commune*, 9 de abril de 1871, p. 1.

[99] André Léo: «Au travailleur des campagnes», *La Commune*, 10 de abril, y *La Sociale*, 3 de mayo. Reproducido también en B. Malon: *La troisième défaite…*, *ob. cit.*, pp. 169-173.

> *si París cae, el yugo de la miseria ceñirá vuestro cuello y será heredado por vuestros hijos. Por tanto, ayudad a que París triunfe.*

El llamamiento acababa con un lema significativo por la semejanza que trazaba entre campesinos y obreros:

> *La tierra al campesino, la herramienta al obrero, el trabajo para todos.*[100]

Simultáneamente, André Léo se dirigía a los parisinos con la acusación de haber descuidado demasiado tiempo a la población rural y de no haber intentado instruirla.

> *El pueblo de París ha seguido creyendo que podía actuar sin las provincias y ahora, en esta lucha desigual, parece estar a punto de perecer aplastado bajo la robusta rodilla de su hermano perdido.*[101]

[100] *Íd.*

[101] André Léo: «La France avec nous», *ob. cit.*, p. 1.

La historia demuestra que esa armonía estaba lejos de ser realizada. André Léo volverá a proponer, repetidas veces, este proyecto político, que consideraba de capital importancia.

La necesidad de la lucha armada

La Comuna, al negar legitimidad a la Asamblea Legislativa elegida por los franceses, se convertía en adversario del gobierno y se abocaba a la revolución.[102] Sin embargo, el Gobierno de Versalles no aceptaba a la Comuna, por lo que la lucha se hacía ineludible. Hubo intentos de conciliación, pero André Léo se opuso a un acuerdo que forzosamente habría sido efímero:

> *Cualquier conciliación sería una traición a la causa republicana... la lucha emprendida debe continuar... Se ha declarado la guerra... ¡No nos hagamos ilusiones!*[103]

[102] *Íd.*

[103] André Léo: «Pas de conciliation», *La Sociale*, 20 de abril de 1871.

Generales populares como Bergeret,[104] Eudes,[105] Duval[106] y Flourens[107]

[104] Jules-Henri-Marius Bergeret (1830-1905) fue capitán del 18.° batallón de la Guardia Nacional. Dirigió la represión de los Amis de l'Ordre, partidarios del gobierno de Thiers, que pretendían boicotear las elecciones al Conseil de la Commune. Tras la derrota, fue condenado a muerte y consiguió huir, primero a Londres, y luego a Nueva York. *(N. de los E.)*

[105] Émile François Désiré Eudes (1843-1888) era un líder blanquista. Durante la Comuna, sería capitán del 138.° batallón de la Guardia Nacional. Condenado a muerte, se exilió a Suiza, Londres y Edimburgo. Volvió en 1879 y fue redactor jefe de *L'Homme libre*. *(N. de los E.)*

[106] Émile Victor Duval (1840-1871), miembro de los grupos de combate blanquistas, se afilió a la AIT en 1867. Miembro del Comité central républicain des Vingt arrondissements y del Conseil de la Commune, fue fusilado el 4 de abril de 1871. *(N. de los E.)*

[107] Gustave Flourens (1838-1871) participó en 1866 en la insurrección independentista contra el Imperio otomano que reclamaba la unión de Creta con Grecia, tras la que fue condenado a tres meses de prisión por ofensas a Napoleón II. Entre 1870 y 1871, se convirtió en uno de los principales líderes de la Comuna, siendo ejecutado tras la derrota. Según el especialista en Julio Verne, William Butcher, el personaje del capitán Nemo está basado en la vida de Flourens: «Introduction» en *Twenty Thousand Leagues under the Seas*, Oxford University Press, 1988, citado en Leonidas Kallivretakis: «Jules Verne's captain Nemo and french revolutionary Gustave Flourens: A hidden character model?», *The Historical Review*, n.° 1, Atenas, 2004. *(N. de los E.)*

también pedían una incursión masiva sobre Versalles,[108] pero la Comuna prefirió organizar la defensa de la ciudad por no estar la Guardia Nacional federada preparada para atacar. ¿De dónde provenían los soldados federados? ¿Qué formación tenían? En las páginas de *La Sociale*, André Léo exaltó el heroísmo de los soldados de la idea, procedentes del pueblo en la mayor parte de los casos, personas que hasta la víspera habían sido sastres, zapateros, carpinteros, torneros y que se consagraban a su fe hasta la muerte:

> *¡Queridos y nobles héroes, soldados de la idea, pobres artesanos sublimes, cuanto más anónimos sois más llora el ojo deslumbrado al contemplaros!*

Las mujeres en la lucha

André Léo clamó contra los periódicos que ironizaban sobre la participación de las mujeres en el combate y defendió su adhesión activa a la Comuna. Durante el asedio de París, como todavía había muchos hombres

[108] B. Malon: *La troisième défaite...*, *ob. cit.*, p. 189.

que podían combatir, aconsejaba a las mujeres esperar el momento de la lucha suprema. Llegado ese momento, París necesitaría todas sus energías e incitó a las mujeres a intervenir directamente en el combate:

> *¡Participad en la lucha con vuestra acción, tanto como lo hacéis con vuestro corazón!*[109]

Junto a sus compañeras del Comité del distrito 17 se dirigió a todas las que estuviesen animadas por el amor a la justicia, invitándolas a ponerse a disposición de la Comuna para integrar las ambulancias que seguían a los batallones, para cuidar a los heridos o para sustituirles en el campo de batalla. Los guardias nacionales apreciaron su presencia y devoción, pero ellas toparon no obstante con la incomprensión de médicos y oficiales, que las trataban con desprecio y a veces las insultaban.[110]

[109] André Léo, «Toutes avec tous», *La Sociale*, 12 de abril de 1871, y *La Commune*, 14 de abril de 1871.

[110] André Léo: «Aventures de neuf ambulancières à la recherche d'un poste de dévouement», *La Sociale*, 6 de mayo de 1871.

Negar a la mujer su deseo de contribuir a la transformación de la sociedad era desconocer sus derechos y querer alejarla de la Revolución. André Léo denunció una vez más a los «falsos demócratas» que, luchando por la idea social, se comportaban como reaccionarios. Atacó en particular al general Dombrowski,[111] recordándole que sin la participación de las mujeres el 18 de marzo no se habría proclamado la Comuna y que él jamás habría sido su general. Y en el mismo artículo añadía:

> *¿Creen que pueden hacer la Revolución sin la mujer? [...] ¿Cuándo la inteligencia de los republicanos se elevará hasta comprender sus propios principios y servir al interés de éstos?*[112]

[111] Jaroslaw Dombrowski (1836-1871) fue un militar polaco exiliado a Francia tras ser condenado por la insurrección independentista de 1862, que reclamaba también la reforma agraria. En París, entró en contacto con exiliados disidentes de diferentes países opuestos al Imperio austrohúngaro y con el socialismo y el sindicalismo francés. Durante la Comuna, dirigió la 11.ª legión de la Guardia Nacional. Murió el 23 de mayo, en Montmartre, mientras preparaba una contraofensiva, cuando las fuerzas versallescas ya asolaban la ciudad. *(N. de los E.)*

[112] André Léo: «La Révolution sans la femme», *La Sociale*, 8 de mayo de 1871.

Contra todo autoritarismo

El principio federativo es el único sistema verdaderamente democrático. Tal era la convicción de la Comuna, compartida por André Léo. Se discutía este tema a causa de una decisión del gobierno central, que sólo permitía a los municipios pequeños la elección de su alcalde, mientras que éste sería elegido por el gobierno para los municipios con más de seis mil habitantes. El objetivo de esta medida era demasiado evidente: controlar y dirigir los movimientos en las ciudades tanto como en las provincias. En *La Sociale*, André Léo sostuvo las decisiones de la Comuna a favor de la autonomía de los municipios para autogobernarse y lanzó un nuevo lema: «Ni dominar, ni ser dominado».[113]

Enemiga de todo autoritarismo, André Léo defendió la idea de justicia y democracia contra ciertos actos deplorables de la propia Comuna. Cuando ésta decidió suprimir los periódicos de la oposición, André Léo se disoció

[113] André Léo: «Le programme de la Commune», *La Sociale*, 22 de abril de 1871. La independencia de los municipios de Francia también era uno de los objetivos de la AIT.

del comité de redacción de *La Sociale* y reclamó el respeto incondicional a los principios de la democracia:

> *Si actuamos como nuestros adversarios, ¿cómo podrá la gente escoger entre ellos y nosotros?*[114]

André Léo discrepó de nuevo con la Comuna, especialmente con el Comité central y el Comité de salvación pública, cuando éstos acusaron de traición a Rossel, el delegado para la guerra, y le hicieron detener. André Léo apreciaba al ciudadano Rossel desde que él se había interesado personalmente por la posibilidad de utilizar voluntarias en el campo de batalla.

Rossel había denunciado la anarquía y la incompetencia de dichos comités, «en los que todo el mundo delibera y donde nadie obedece». André Léo tomó su pluma para defenderle sin ambages, como era su costumbre, y denunció los maquiavelismos de la Comuna, que ofendían a la justicia y a la verdad:

[114] André Léo: «En faveur de la liberté de presse», *La Sociale*, 22 de abril de 1871.

> *La carta del ciudadano Rossel es el grito de desesperación de una conciencia. ¿Por qué estas reticencias? [...] ¿Por qué estas puertas cerradas? [...] La verdadera democracia no teme a la verdad, pues está hecha de ella y procede de ella, y sólo muere si se le quita la luz.*[115]

Lanzó una feroz requisitoria contra los «infames», culpables de vulgares ambiciones y de traicionar la idea democrática. Salvo algunas raras excepciones, los hombres del Comité central habían fomentado el desorden y la división en las filas de la Guardia Nacional y habían administrado la Comuna de modo autoritario.[116] André Léo solicitó la formación de un comité para la realización de una investigación seria sobre cada uno de los hombres «sospechosos y funestos» del Comité central. Ella siempre lamentó estos graves errores de la Comuna:

[115] André Léo: «Citoyens rédacteurs», *La Sociale*, 14 de mayo de 1871.

[116] André Léo: «Les redacteurs. Les infâmes», *La Sociale*, 16 de mayo de 1871.

He deplorado más que nadie y he maldecido la ceguera de esos hombres —me refiero a la mayoría de ellos— cuya estúpida incapacidad llevó a la pérdida de la causa más bella. ¡Qué sufrimiento verla perecer día a día![117]

La capitulación

André Léo denunció los crímenes y violencias de los versalleses en *Les défenseurs de l'ordre*.[118] Desde su entrada en la capital obligaron a sus defensores, particularmente a *les pétroleuses*, a incendiar las casas contiguas a las barricadas más importantes, porque los versalleses avanzaban por el interior de los edificios, devastando los hogares.

[117] André Léo: *La guerre sociale*, impr. Guillaume fils, Neuchâtel, 1871, p. 5.

[118] Refugiada en Suiza tras la derrota de la Comuna, André Léo denunció en conferencias públicas los horrores de la semana sangrienta. No las publicó todas, pero B. Malon reprodujo varios fragmentos de ellas en *La troisième défaite...*, *ob. cit.*, pp. 441, 450 y 490.

Conmemoró la muerte heroica y exaltada de los soldados federados y evocó las torturas y la matanza abominable de los presos.

Perseguida por la policía, Léodile se refugió en casa de una amiga, donde se escondió probablemente hasta el 18 de julio, cuando recibió la documentación falsa que le permitió expatriarse a Suiza.

IX. El exilio

André Léo se dirigió primero a Basilea, donde la esperaba Malon; luego permaneció en Neuchâtel. A partir de agosto se instaló en Ginebra, donde frecuentaba a la familia de Charles Perron, que había acogido fraternalmente a Malon.

El primer año de su estancia en Suiza se caracterizó por su participación en una serie de conferencias públicas en defensa de la Comuna. Señalemos, en particular, su intervención en el 5.° Congreso de la Liga de la Paz y la Libertad, el 27 de septiembre de 1871, en Lausana.

La guerra social

Su discurso *La guerra social* fue un alegato en favor de la Comuna y un acta de acusación contra los crímenes versalleses.

Atacó a los que, desde hacía cuatro meses, calumniaban a los vencidos, acusándoles de crímenes que ellos mismos habían cometido:

> *han llamado asesinos a los asesinados, ladrones a los robados, verdugos a las víctimas.*[119]

Sí, ella había sido la primera en condenar los errores de la Comuna, pero los actos de los versalleses fueron tan infames que esos errores se hicieron honorables en comparación. Denunció la existencia en Francia, desde el 4 de septiembre, de un «complot monárquico» organizado por los supuestos republicanos del gobierno nacional. Su objetivo principal no era la guerra contra Prusia, como querían hacer creer, sino una lucha latente y solapada contra la democracia popular. Así, se esforzaron en alzar a Francia contra París. Persuadieron a los campesinos de que los republicanos habían forzado al Imperio a ir a la guerra y de que los parisinos

> *no sólo se negaban a luchar contra los prusianos sino que también impedían a Trochu organizar incursiones, ante la necesidad de usar las tropas para contener los disturbios internos.*[120]

[119] André Léo: *La guerre sociale*, *ob. cit.*, p. 5.

[120] *Ibíd.*, p. 11.

Con sus acusaciones calumniosas, «difundidas a toda plana en los periódicos», aislaron París. Y finalmente este complot triunfó, concretándose en la masacre de la población parisina, en una ciudad que se convirtió en un «inmenso matadero humano».

Para André Léo, se trataba de intentar soluciones eficaces para evitar que se repitiesen guerras sociales de este género. Dirigiéndose directamente al público de la asamblea, planteó la cuestión de la división de los demócratas. «¿Por qué actúan los demócratas de otro modo?»

El gran asunto que separaba a los demócratas liberales de los socialistas era la cuestión del capital, pero la realidad demostraba que la mayor parte de la burguesía —toda la burguesía media y pobre— sufría tanto como el pueblo a causa del régimen del capital. André Léo propuso entonces que la media y pequeña burguesía dejaran de oponerse a la emancipación de los trabajadores y se unieran a los socialistas en una lucha común. Tendrían que renunciar a verlos con hostilidad y, por el contrario, deberían reconocer su igualdad social.

Para André Léo la igualdad era, en efecto, una condición indispensable de la libertad y esta no podía defenderse, como sostenía la Liga, renegando de la igualdad:

no puede haber igualdad sin libertad, ni libertad sin igualdad.

Sólo la unión de los demócratas sinceros habría permitido crear un frente fuerte y compacto capaz de garantizar la paz y la libertad, esa libertad que la Liga decía defender. Sólo por medio de la unidad podrían evitarse, de ahí en adelante, nuevas «guerras sociales» fratricidas, de las que la Comuna había sido el ejemplo más reciente y dramático.

Este discurso sincero e intrépido abría nuevos horizontes políticos, de evidente actualidad, pero levantó la indignación de la asamblea burguesa de la Liga de la Paz y la Libertad, que rechazó a André Léo e impidió que acabara su discurso. En las últimas líneas de este, ella manifestó su gran disgusto:

La burguesía tiene la pluma, la palabra, la influencia. Podría convertirse en el órgano de las reivindicaciones del pueblo degollado, oprimido, vencido. Así, sólo hubiese sido el órgano de la justicia.

Llegué a este congreso con una esperanza, pero me voy profundamente triste. [...] Para quienes están apegados al entorno

burgués, lo que denominan «conveniencias» ahoga los principios. Viven de los compromisos. Quizá mueran por causa de ellos.

Desacuerdos en la Internacional

Desde su llegada a Suiza, André Léo se interesó por el conflicto surgido en la Internacional, con ocasión del congreso de la Suiza francófona realizado en Chaux-de-Fonds, entre las secciones marxistas y las secciones anarquistas de la Alianza de la democracia socialista, que se agrupaban en torno a Bakunin.

Este último movimiento reclamaba libertad de acción y autonomía de las diferentes secciones para tomar decisiones, sin por ello dejar de reconocer la necesidad de actuar dentro del movimiento obrero. Los anarquistas cuestionaban todo principio autoritario que viniera de arriba y, en consecuencia, negaban *a priori* toda organización política uniforme y centralizadora. La Alianza había cuestionado repetidas veces la línea de los marxistas, que al contrario defendían que, para transformar la sociedad y realizar el socialismo, no bastaba con una unión formal e ideal, sino que había que organizar la lucha de clases proponiendo estrategias y un

programa político comunes, aunque teniendo en cuenta las situaciones estrictamente nacionales. Los marxistas creían en la necesidad de unidad de la clase obrera y consideraban fundamental la existencia de la conciencia de clase para proseguir la lucha política y apuntar hacia la conquista del poder y la abolición de dichas clases.

Para los miembros de la Alianza esta posición era conservadora y autoritaria porque impedía la convivencia, dentro de la Internacional, de movimientos diferentes y porque se oponía a la idea federalista de la organización política. Así expresaron su posición:

> *Querer imponer al proletariado una línea de conducta o un programa político uniforme como vía única hacia su emancipación social es una pretensión tan absurda como reaccionaria.*[121]

[121] Según «Nature de l'action politique du prolétariat», tercera resolución votada por el Congreso Internacional Federalista de Saint Imier, realizado el 15 y el 16 de septiembre de 1872. Al respecto, véase J. Freymond: *La Première Internationale, Recueil de documents*, t. II, librería E. Droz, Ginebra, 1962, p. 7.

André Léo se colocó con pasión e «ímpetu femenino»[122] del lado de aquellos a los que consideraba víctimas de la injusticia y de la arrogancia, asumiendo sin reservas la defensa de la Alianza de Bakunin.

Como redactora de *La Révolution Sociale,*[123] a ella se debe la transformación de ese periódico en un órgano de reivindicación de la autonomía de las secciones dentro de la Internacional, en el que podían leerse numerosos y violentos ataques contra el autoritarismo de Marx y del Consejo general de la AIT.

En la conferencia de Londres (17-23 de septiembre de 1871), el Consejo general de la AIT había votado las diecisiete célebres resoluciones que decretaban la disolución definitiva de la Alianza y de otras asociaciones

[122] J. Guillaume: *L'Internationale. Documents et souvenirs (1864-1878)*, Société nouvelle de librairie et d'édition (t. I y II), P.-V. Stock éd. (t. III y IV), t. III, cap. 12, París, 1905, 1907, 1909, 1910, p. 219.

[123] *La Révolution Sociale*, semanario de los jueves, Ginebra, del 26 de octubre de 1871 al 4 de enero de 1872. A partir de noviembre de 1871, se convirtió en órgano de la federación del Jura y sostuvo las tesis de Bakunin contra las de Marx.

socialistas, entre ellas la Sección de propaganda y de acción revolucionaria-socialista,[124] de la que André Léo formaba parte.

Adversaria de las organizaciones jerárquicas, André Léo defendió el principio federativo y la cooperación. Contra el autoritarismo de Marx y de su «Templo único», pidió respeto para la dignidad humana y los derechos individuales:

> *El principio autoritario será vencido [...]. El medio para alcanzar ese resultado, mientras esperamos el advenimiento de una educación integral y para todos, es que todo lo que concierna a la obra común sea sometido a la opinión de cada miembro de la asociación; es practicar aquello que se profesa, respetando la dignidad humana y los derechos individuales; es admitir para cada grupo y para cada individuo la libertad de acción que le corresponde; es, en definitiva, romper para siempre con la vieja organización social, con todas estas construcciones jerárquicas que escalonan los poderes y hacen*

[124] Una de las principales preocupaciones de esta sección era la difusión de ideas socialistas en el campo.

que lleguen desde arriba la voz y el mandato impuesto que mueven a una muchedumbre obediente.[125]

La unidad real no era la uniformidad, precisaba André Léo, sino más bien la convivencia de entidades diferentes, libres de actuar bajo la misma bandera:

La nueva unidad no es la uniformidad, sino todo lo contrario: es la expansión de todas las iniciativas, de todas las libertades, de todas las concepciones, conectadas solamente por una naturaleza común [...] la libertad de todos en la igualdad.[126]

Atacó directamente a Marx, definiéndolo como «el genio malvado, el Bismarck de la Asociación Internacional»:

[125] André Léo: «Le débat survenu dans l'Internationale», *La Révolution Sociale*, n.° 6, 30 de noviembre de 1871.

[126] André Léo: «La femme en Italie», *Ordre Social*, n.° 6, pp. 175-183.

El pangermanismo ronda por ahí y afecta como una enfermedad a los cerebros alemanes, hasta el punto de seguir presente cuando hacen socialismo. Mientras Bismarck lograba hacer perder la cabeza a todo el mundo, desde el Rin al Óder, al mismo tiempo que Guillermo I se convertía en emperador, Karl Marx se consagraba como pontífice de la Asociación Internacional.[127]

Duras palabras que le valieron incluso la contestación de sus amigos de la federación del Jura, que las definieron como «lamentables exageraciones del lenguaje», y sobre todo la de Marx, que el 23 de noviembre de 1871 comentó:

Bakunin se ha vinculado al sector canalla del exilio francés en Ginebra y Londres. La consigna es que en el Consejo general reina el «pangermanismo», el «bismarckismo».[128]

[127] *Íd.*

[128] J. Maitron: *Dictionnaire biographique...*, *ob. cit.*, p. 52.

Pero, más adelante, otras y más significativas divergencias alejarían a André Léo del anarquista Bakunin. Sus opiniones diferían particularmente sobre el papel del campesinado en la transformación de la sociedad y sobre la concepción de Estado.

Bakunin había atribuido al proletariado rural el papel de guía revolucionario, sobre todo en las regiones más atrasadas y subdesarrolladas. Los campesinos serían los propulsores de la disgregación del mundo burgués y, al sublevarse, crearían la igualdad económica y social, la libertad, la humanidad, la solidaridad y, en definitiva, la anarquía.

Es conocida la importancia que André Léo daba a los trabajadores rurales para el éxito de la causa del socialismo, pero, muy consciente de sus límites, estaba lejos de creer en un «impulso revolucionario» por su parte. Para ganarlos poco a poco al socialismo, contemplaba, por el contrario, una minuciosa campaña de propaganda en el campo, así como la extensión de la educación a toda la población.

Contrariamente a los anarquistas, André Léo pensaba que la máquina del Estado no podía ser abolida. Deseaba evidentemente la descentralización del poder político y el reconocimiento del derecho de los municipios

a autogobernarse. Pero consideraba el problema de la administración con realismo y propuso la eliminación de los representantes inútiles. No habría presidente, el senado sería suprimido, pero el congreso seguiría existiendo, aunque disminuyendo el número de diputados de 500 a 86, ya que consideraba que uno por departamento era suficiente. No habría ministros, pero sí oficinas ministeriales para recibir observaciones y proyectos, y para poder colaborar con los delegados departamentales.[129]

Estas concepciones evidencian una visión política mucho más realista que las vagas aspiraciones del anarquista Bakunin, que no tenía en cuenta la relación entre instrumentos, táctica y objetivos, y que, por tanto, era esencialmente idealista.

La recuperación de su actividad como escritora

Durante los primeros años del exilio, André Léo se consagró sobre todo a su actividad de oradora y periodista. Privilegió, como se ha podido constatar, la actualidad política, pero escribió también dos artículos sobre la

[129] B. Noël: *Dictionnaire de la Commune*, *ob. cit.*

educación, publicados en 1872 y 1873 en el *Almanach du peuple*, revista que había tomado el relevo a *La Révolution Social*.

En «L'éducation et la Bible», André Léo retomó el tema de la educación confesional, que ya había abordado repetidas veces años atrás. Opuso, con humor, la enseñanza basada en la observación de la naturaleza y el estudio de las ciencias a la enseñanza que hace depender todo de lo fantástico, de los episodios bíblicos y religiosos. Si la primera da al niño la posibilidad de pensar y juzgar, la otra presupone la fe y obliga a creer sin comprender.[130] Al año siguiente, volverá a hablar de educación en «L'éducation démocratique».[131]

A partir de 1876, recuperó una intensa carrera de novelista. Así se ganaba la vida.

En 1874, publicó un cuento, *La commune de Malempis* (París, Librairie de la Bibliothèque démocratique); le siguieron en 1876 *La grande illusion des petits bourgeois*; en 1877, *Marianne*; en 1879, *Grazia* y, en 1880, *L'épouse du bandit*, publicándose las cuatro como novelas por entregas en *Le Siècle*.

[130] André Léo: *L'enfant des Rudère*, *ob. cit.*, p. 416.

[131] André Léo: *Almanach du peuple pour 1873*, diciembre de 1873.

En *La grande illusion des petits bourgeois*, André Léo quiso enfatizar los «valores negativos» de la gran ciudad. Esta bella novela trata de las esperanzas y sueños de un joven provinciano que, atraído por la ilusión de una vida rica y fácil, llega a París soñando con hacer fortuna. Quiere tener éxito por sus propios medios, por su voluntad y sus méritos, pero se topa con un mundo de hipocresías y engaños, sin lugar para los trabajadores honrados.

Marianne, una de las mejores novelas de André Léo, tiene como argumentos la condición de la mujer y la omnipotencia del dinero. En ella se denuncian los prejuicios y las malas costumbres de una familia burguesa en la provincia de Poitou. André Léo aprovecha ese enfoque para censurar a los habitantes de Poitiers, cuyas costumbres conoce bien, pues recordemos que había nacido en Lusignan y había pasado su infancia en Champagné-Saint-Hilaire. Monárquicos y clericales, no estaban interesados ni en la política ni en las ciencias y, como conservadores, odiaban las «ideas nuevas». Nunca se preguntaban «lo que piensan, sino sólo lo que deben pensar». Hasta ese punto estaban influidos por la opinión pública.

Compañera de Malon

Durante su exilio, André Léo vivió con Malon en diferentes lugares; primero en Ginebra, luego, en 1872, en Como y, a partir de 1873, en Milán y Lugano, en la toscana ciudad de Viareggio y en Palermo, donde su hijo André asistió a la Escuela de Agricultura. En Milán, para eludir a la policía, vivían bajo el apellido de Léodile: Béra.

Según Guillaume, que hizo una precisa crónica de los acontecimientos que concernían a los protagonistas de la Internacional, se casaron en 1872. Vivieron una «unión libre» que duró seis años, hasta 1878. Dalotel, por el contrario, data su unión en 1874 y habla de un «falso matrimonio» celebrado «civilmente» y por tanto no oficial.[132]

Al principio ocultaron su unión, quizás a causa de su diferencia de edad, ya que Léodile era 17 años mayor. ¿Pudo ser esa la causa, directa o indirecta, de su separación? Resulta difícil de imaginar que André Léo, tan orgullosa y determinada, fuese sensible a este género de problemáticas. ¿No había sostenido en su primera novela, *Une vieille fille*, que las diferencias de edad no eran relevantes ante un amor verdadero?

[132] A. Dalotel: «Benoît Malon, troisième fils...», *ob. cit.*, p. 88.

Guillaume nos cuenta que André Léo sufría mucho por las frecuentes escapadas de su marido y que era muy celosa. Bakunin, que encontraba a André Léo demasiado marisabidilla, «se regocijaba y lloraba de risa cuando Malon se dejaba atrapar».[133]

La comunión de ideas les llevó no obstante a trabajar juntos. A finales de 1877, fundaron *Le Socialisme progressif*, que duró sólo un año por falta de suscriptores. Pero, en 1878, la ruptura parecía inminente. En marzo, André Léo escribía a su amiga Mathilde Roederer:

> *Mi unión con Benoît Malon va a romperse, o más bien ya está rota ~~«en derecho»~~ [tachado por la propia escritora] desde hace tiempo, pero estamos en vísperas de una separación de hecho. Le inquietaba el escándalo que esto causaría, pero sin embargo consideraba indispensable romper con Malon, porque no hay que demorar el uso del medio adecuado para superar un error. Me he*

[133] J. Guillaume: *L'Internationale*, *ob. cit.*, t. III, p. 321.

equivocado otras veces, y nunca lo he negado, pero estoy segura de tener razón esta vez.[134]

Se separaron ese mismo año.

«La femme en Italie»

Sus frecuentes estancias en Italia durante el exilio dieron a André Léo la ocasión de conocer de cerca a las representantes más activas del movimiento feminista italiano y de comparar el código francés y el código italiano respecto a las mujeres. En su artículo «La femme en Italie», aparecido en 1880, constata que en cuanto al matrimonio, por ejemplo, el código italiano era, al igual que el francés, injusto, aunque en el italiano hubiese más «cortesía e igualdad»:

Así, la mujer separada tiene libre disposición de sus bienes [...]. Además, la esposa administra sus bienes parafernales, es decir

[134] *Ibíd.*, t. IV, p. 309.

aquellos que posee o llegue a poseer y que no estén incluidos en la dote estipulada en el contrato, y es el marido quien necesita su autorización para administrarlos en su lugar.[135]

Elogió a Salvatore Morelli, «campeón italiano de los derechos de las mujeres», que consideraba que la instrucción para las mujeres, pública, laica y gratuita, era la condición necesaria para poder aspirar a una mejor sociedad. En una carta a André Léo, Morelli escribía:

no resolveremos ningún problema social mientras la mujer no adquiera la ciencia de la vida, con poderes pedagógicos, para fundar en la familia la doctrina civil.[136]

Exactamente lo mismo que André Léo había sostenido en *La femme et les moeurs*. En ese mismo artículo, ella recordaba también que Mazzini pedía a los hombres que respetasen a las mujeres y las considerasen sus

[135] *Ibíd.*, p. 80.

[136] *Íd.*

compañeras en las alegrías o en los pesares, pero también en sus aspiraciones e intentos de mejora social.

X. Los últimos años

Tras la amnistía de 1880, André Léo pudo volver a Francia, donde «vivió olvidada y desgraciada, sobre todo después de la muerte de Benoît Malon».[137]

Colaboró en algunos pequeños periódicos de la extrema izquierda y fue redactora de *L'Aurore*.[138]

Obra literaria

Continuó escribiendo novelas: *L'enfant des Rudères* (1881), *Les enfants de France* (1890), *La justice des choses* (1891), *Le petit moi* (1892), *En chemin de fer. Aux habitants des campagnes* (1898), *La famille Audroit et l'éducation nouvelle* (1899), *Coupons le câble* (1899). Su ritmo productivo es significativo y da testimonio de su tenacidad y coraje. Ciertamente necesitaba trabajar, pero sorprende constatar que después de tantas

[137] J. Maitron: *Dictionnaire biographique...*, *ob. cit.*, p. 52.
[138] B. Noël: *Dictionnaire de la Commune, ob. cit.*

experiencias políticas y familiares decepcionantes pudiera conservar su integridad y su voluntad intactas, con la misma firmeza y la misma fuerza para perseguir los mismos objetivos.

En *L'Enfant des Rudère* destaca la misma defensa incondicional de los campesinos que había hecho treinta años antes.

> *Esa raza fuerte y sencilla, ingenua y astuta, buena por naturaleza (al menos en general), dura por situación, codiciosa pero pobre, trabajadora y, sobre todo, íntegra.*[139]

Encontramos en esta novela consideraciones sobre la educación activa, basada en la observación directa de los hechos, así como una denuncia de los vicios de la burguesía y del poder del dinero. Es el relato de las mentiras y engaños hurdidos por Rudère en detrimento de su tío para apropiarse de su herencia.

La acción transcurre en el dominio de Chavours, no lejos de Lusignan, pueblo natal de André Léo, y recuerda la leyenda del hada Melusina:

[139] André Léo: *L'enfant des Rudère*, *ob. cit.*, p. 416.

> *Melusina, dama de Lusignan que habría vivido aventuras maravillosas y que sigue siendo legendaria en la zona, hasta el punto de que su repostería más típica representa a Melusina con su cola de sirena y con su peine y su espejo en la mano. La repostería es excelente, pero la bella maga sale muy fea.*[140]

En *La justice des choses*, André Léo reflexiona sobre los efectos que los comportamientos humanos pueden suscitar sobre uno mismo y sobre otros. ¿Existe la justicia de las cosas? ¿Siempre somos castigados cuando cometemos malas acciones y siempre somos recompensados por una buena acción? ¿Por qué héroes que pelearon por una idea justa son hoy desconocidos y vencidos? Podríamos suponer que no habría oprimidos y opresores si la justicia de las cosas existiera. Pues bien, el hecho es que la justicia de las cosas está en uno mismo, los otros no pueden verla. Alcanza la felicidad toda conciencia que se conoce, se entiende, crece y aspira a la perfección, elevándose sin cesar. Estas consideraciones de orden moral se presentan de manera muy accesible, bajo la forma

[140] *Ibíd.*, pp. 280-281.

de experiencias vividas por un niño que interroga a su madre y discute con ella en torno a una infinidad de problemas, de los más personales a los más generales.

Un tema frecuente en los libros de André Léo de este período es la educación que la madre da a sus hijos en el seno de la familia. La familia debe comenzar y completar la obra educadora de la escuela. Como en la educación «no hay nada más profundo que las primeras impresiones recibidas»,[141] hace falta que los progenitores se consagren casi totalmente a la educación de sus hijos durante los primeros años de vida, que respondan a sus preguntas y curiosidades infinitas partiendo del análisis de lo real. Llamados a convertirse en hombres libres, los niños no pueden ser educados como esclavos. «Dar trato brutal a un niño es hacerlo brutal.»[142] Por el contrario, hay que tratar de despertar en ellos el sentido de la responsabilidad, dando buenos ejemplos. El papel de las madres es de gran importancia en esta obra educadora, pero desgraciadamente no están preparadas para esa difícil tarea. Hace falta que ellas mismas sean

[141] André Léo: *La famille Audroit et l'éducation nouvelle*, E. Duruy, París, 1899, p. 72.
[142] *Ibíd.*, p. 207.

instruidas, para que puedan fundar en la familia las bases del sistema civil. *La famille Audroit et l'éducation nouvelle* y *Le petit moi* definen estos principios educativos. El derecho a la instrucción había sido garantizado desde la Revolución; se trataba simplemente de hacerlo respetar.

Se estaban realizando avances en esa dirección, pero incluso tras la ley Ferry, que en 1882 proclamó la enseñanza laica y obligatoria, el problema seguía planteado: el número de analfabetos a finales de siglo era mucho más bajo que en 1850 (10 % de quintos analfabetos en 1890, frente a un 40 % en 1850), pero seguía siendo elevado, particularmente entre las mujeres (14 % de mujeres casadas analfabetas casadas, frente al 8 % de los maridos).

De nuevo, los campesinos

En *En chemin de fer. Aux habitants des campagnes*, un socialista explica a un campesino las verdaderas causas de su miseria. Con claridad desenmascara los maquiavelismos que han estado en el origen de los sistemas políticos autoritarios y presenta un panorama histórico visto desde el lado de las gentes pobres. Observa que los gobiernos siempre han ejercido

un poder arbitrario sobre las masas populares, sacando provecho de sus divisiones internas:

> *desde el comienzo de las sociedades un pequeño número de fuertes y hábiles han mantenido en la esclavitud a la gran mayoría de las personas.*[143]

Por eso es indispensable buscar la unión de todos los trabajadores, los obreros y los campesinos, para contrarrestar eficazmente a los gobiernos. Con ese objetivo, hace falta que los trabajadores rurales se impliquen en la lucha al lado de los obreros de las ciudades. Frente a las dudas de su interlocutor, defiende el derecho a la pequeña propiedad privada:

> *¡se impone la necesidad de propiedad para todo ser humano!*[144]

[143] André Léo: *En chemin de fer. Aux habitants des campagnes*, impr. Nancéienne, Nancy, 1898, p. 37.
[144] *Ibíd.*, p. 80.

Mientras que ataca a los grandes terratenientes. Desea, sin embargo, una gestión asociativa de las propiedades para sacar mayor provecho. Luego, explica cuál debería ser el nuevo papel del Estado con relación a los municipios, que serían autónomos y libres de organizarse entre ellos para proponer servicios mejores y más baratos a los ciudadanos. «Conocer y saber» son las dos condiciones esenciales para poder realizar la justicia y encontrar la verdad. Entonces, la ignorancia habrá muerto y la humanidad estará curada de sus viejos prejuicios. Escrito dos años antes de su muerte, a los 74 años, este libro puede considerarse su testamento espiritual.

Las religiones

André Léo retoma el tema del poder autoritario y jerárquico en *Coupons le câble*, breve tratado en el que denunció los lazos profundos que siempre han existido entre los regímenes monárquicos y las religiones. Demuestra que, desde la antigüedad, el poder político ha vivido en simbiosis con la religión: las teocracias en Egipto e India fueron el primer patente ejemplo. En cuanto a la religión católica, la entente con las monarquías y los imperios

es ejemplar desde el emperador Constantino, que acogió al cristianismo como una «fuerza política».[145]

Desveló las complicidades entre los poderes políticos y religiosos, dos aliados incondicionales que siempre se sostuvieron mutuamente para poder perpetrar la sumisión de la humanidad. ¿Podremos salir de ella?

André Léo pensaba que si en otro tiempo el ser humano, incapaz de comprender y dominar la naturaleza, había manifestado su necesidad de creer en entidades sobrenaturales, hoy hace falta que admita que jamás florecerá su espíritu crítico en provecho de la razón, de la libertad y el progreso si no se distancia de la Iglesia autoritaria e injusta, que quiso las guerras de religión y la Inquisición y que persiguió a los protestantes, y si no rompe sus lazos con las verdades dogmáticas y el inmovilismo religioso.

André Léo, por otro lado, elogió a los protestantes que se orientaban hacia el libre examen, que concedían libertad al espíritu humano. Luis XIV, al revocar el edicto de Nantes, quiso combatir este movimiento progresista, que creía en una religión más libre y más sencilla.

Si la religión católica ha podido asegurar su supremacía eso se debe a

[145] André Léo: *Coupons le câble*, A. Fischbacher, París, 1999, p. 21.

su inoculación en la infancia, que es el medio más seguro para combatir la razón antes de que haya nacido.[146]

Esclavizados por el yugo de la costumbre, confiados también en una recompensa en el más allá, los hombres renunciaron espontáneamente a la lucha por su emancipación social.

Hija de los filósofos, André Léo profesó su fe en el ser humano, la razón, el progreso, teniendo por fundamento la igualdad, la justicia y la libertad:

Contra su Dios bárbaro, la Humanidad y la Justicia. Contra su Jerarquía, la Igualdad. Y como base y medida, el individuo humano.[147]

André Léo falleció el 20 de mayo de 1900.[148] Tras la incineración, sus

[146] André Léo: *En chemin de fer*, *ob. cit.*, p. 48.

[147] André Léo: *Coupons le câble*, *ob. cit.*, p. 39.

[148] Según el texto de la alocución pronunciada por Alain Dalotel, que rindió homenaje a André Léo en el cementerio de Auteuil en París, el 19 de octubre de 1991. Documentación de la Association André Léo, Lusignan.

cenizas fueron depositadas en el cementerio del Este, en París, y transportadas más tarde, el 27 de marzo de 1906, al cementerio de Auteuil, al lado de su marido Gregoire Champseix y de sus dos hijos, fallecidos antes que ella.[149]

Gracias a la intervención directa de Alain Dalotel y a la contribución de varias asociaciones e individuos que hicieron grabar el texto, hoy podemos leer sobre su tumba: «Mme. CHAMPSEIX Née LÉODILE BÉRA Dite ANDRÉ LÉO ROMANCIÈRE JOURNALISTE FÉMINISTE COMMUNARDE 1824-1900».

En su testamento legó una pequeña renta al «primer municipio de Francia que quiera ensayar el sistema colectivista comprando un terreno comunal para ser trabajado en común con reparto de sus frutos».[150] Este testamento completamente insólito fue una ulterior y definitiva prueba de su sentido cívico, de su integridad moral, pero también de la convicción profunda de que «su socialismo» era realmente practicable.

[149] Léo, ingeniero civil, murió en 1885, y André, profesor de química agrícola, murió en 1893.

[150] Testamento de André Léo según A. Veber: «Mouvement social en France et à l'étranger», *La revue socialiste*, t. 33, n.° 194, febrero de 1901, p. 225.

Fernanda Gastaldello es profesora de lengua y civilización francesas en un liceo de Rovigo, Italia. Estudió en la Universidad de Padua, donde inició sus investigaciones sobre André Léo, sintetizadas en su tesis *André Léo: ¿Quel socialisme?* (Padua, 1979, 379 páginas). Publicó un artículo, «André Léo, scrittrice d'avanguardia», en *Francia*, n.° 39-40, 1980. Con ocasión del centenario de la muerte de la escritora y a petición de algunos amigos de Poitiers, volvió sobre este tema con esta biografía comentada, publicada por Les Éditions Chauvinoises en su *Cahier* (cuaderno), n.° 26, 2001. Esa casa editorial también dedicó a André Léo sus cuadernos n.° 29, 31 y 41.

Esta traducción se ha realizado a partir de la versión colocada en la web de la Association André Léo, a la que agradecemos su ayuda y extraordinaria labor, así como a Fernanda, sin cuya amabilidad y generosidad habría resultado imposible esta publicación en castellano.

Les Éditions Chauvinoises: www.chauvigny-patrimoine.fr
Association André Léo: www.andreleo.com

Apéndice

Doce mujeres de la Comuna

Las ilustraciones del libro están hechas a partir del archivo «Dozen portraits of Pétroleuses» del Instituto de Historia Social de Ámsterdam (www.iisg.nl/collections/petroleuses/index.php), que recoge imágenes tomadas por el fotógrafo Eugène Appert a doce mujeres que participaron activamente en la Comuna. Como indica el IISH, Appert estaba al servicio de las autoridades y «no sentía ninguna simpatía por las rebeldes de la Comuna de París», por lo que estas imágenes tenían una finalidad fundamentalmente criminalizadora. Hemos querido recuperar en este libro los nombres de estas luchadoras como una muestra del papel fundamental que jugaron muchas mujeres en una revolución que no ha dejado de ser una referencia histórica esencial. Junto a sus nombres, añadimos la leyenda con la que, en algunos casos, el propio fotógrafo acompañó las imágenes:

Josephine Marchais, condenada a muerte por el incendio del Tribunal de Cuentas.

Marie Menan, condenada a muerte por los incendios de la Rue Royale.

Léontine Suetans, condenada a muerte (con conmutación de pena posterior) por el incendio del Tribunal de Cuentas.

Eulalie Papavoine, deportada por el incendio del edificio de la Légion d Honneur.

Eugénie Desjardins-Chilly, incendios.

Laure, cantinera, incendiaria, condenada a trabajos forzados a perpetuidad.

Louise Mesbr[e?], incendiaria del Ministerio de Finanzas.

Hortense David, condenada a perpetuidad.

Clara Fournier, artillera de Marina en la Porte Maillot.

Fille Louvet

Marie Ferré [Ferré fue la mejor amiga de Louise Michel, que llevó consigo esta foto hasta que murió (Nota del IISH)]

Louise Bernard

Bibliografia de André Léo

Novelas

1851
Une vieille fille, Bruselas, A. Lebègue éd. (2.ª ed., A. Faure éd., París, 1864), 191 pp.

1862
Un mariage scandaleux, Hachette éd. (2.ª ed., A. Faure éd., 1863; 3.ª ed., A. Faure éd., 1866; 4.ª ed., C. Marpon et E. Flammarion éd., 1883), París, 500 pp. Reeditada en el segundo trimestre del 2000 por la Association des Publications Chauvinoises (Chauvigny).
Un divorce, Bureaux du Siècle (2.ª ed., 1866, Librairie Internationale, A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie. éd.; 3.ª ed., *ibíd.,* 1869), París, 490 pp.

1865
Les deux filles de Monsieur Plichon, A. Faure éd. (3.ª ed., L. Hachette éd., 1868), París, 350 pp.
Jacques Galéron, A. Faure éd. (2.ª ed., *ibíd.*, 1865; 3.ª ed., Bureaux de La Coopération, 1868), París, 176 pp.

1867
L'idéal au village, Hachette et Cie., París, 329 pp.

1869 *Aline-Ali*, Librairie Internationale, A. Lacroix Verboeckhoven et Cie. éd. (3.ª ed., *ibíd.*, 1869), París, 383 pp.

1876
La grande illusion des petits bourgeois, Bureaux du Siècle, París, pp. 193-309.

1877
Marianne, Bureaux du Siècle, París, pp. 155-365.

1879
Grazia, Bureaux du Siècle, París, pp. 317-487.

1880
L'épouse du bandit, Bureaux du Siècle, París, pp. 129-328.

1881
L'enfant des Rudère, Bureaux du Siècle, (2.ª ed., s. d., S. é. Monillot), París, pp. 681-824.

1890
Les enfants de France, Poitiers.

1891
La justice des choses, P. Blanchier, Poitiers, 2 vols. (2.ª ed., *ibíd.,* 1893). Parte I: *Une maman qui ne punit pas*, 341 pp.; Parte II: *Les aventures d'Edouard*, 350 pp.

1892 *Le petit moi*, M. Dreyfous éd., París, 393 pp.

1898
En chemin de fer. Aux habitants des campagnes, impr. Nancéienne, Nancy, 105 pp.

1899 *La famille Audroit et l'éducation nouvelle*, E. Duruy, París, 216 pp.

Cuentos

1867
Double histoire. Histoire d'un fait divers, Bureaux de La Coopération (2.ª ed., 1868, L. Hachette éd., París, 229 pp.), Bruselas. Hay una traducción al italiano en *La Plebe*, n.° 1 (15 de enero de 1875) a n.° 17 (17 de marzo de 1875).

1868 *Attendre-Espérer. Les désirs de Marinette*, L. Hachette (2.ª ed., *ibíd.,* 1868), París, 226 pp.

1870
Légendes corréziennes, L. Hachette, París, 210 pp.

1873
La commune de Malempis, La République Française (2.ª ed., Librairie de la Bibliothèque démocratique, París, 1874). Hay una traducción al italiano en *La Plebe*, 1881, apéndice.

Tratados

1869
La femme et les moeurs. Liberté ou monarchie, en la revista *Le droit des femmes*, París, 174 pp. Hay otra edición en Du Lérot éd., Tusson (Charente), 1990.

1899
Coupons le câble, A. Fischbacher éd., París, 82 pp.

Ensayos

1865
Observations d'une mère de famille à Monsieur Duruy, A. Faure éd., París, 48 pp.

Circulares

1870
A. Léo, J. Toussaint, É. Reclus: «A tous les démocrates», *L'Agriculteur*, periódico del domingo, impr. de J. Voisvenel, París, 14, rue Chauchat, p. 2.

Manifiestos

1871
«Au travailleur des campagnes», *La Commune*, 10 abril, y *La Sociale*, 3 mayo. También en B. Malon: *La troisième défaite du prolétariat français*, impr. Guillaume fils, Neuchâtel, pp. 169-173.

Discursos

1871 *La guerre sociale (discours prononcé au Congrès de la Ligue de la Paix et de la Liberté, tenu à Lausanne le 27 sept. 1871)*, impr. Guillaume fils, Neuchâtel, p. 39.

Obras de las que sólo se conoce el título

L'institutrice / *Marie la Lorraine* / *Les drames du cerveau* / *Sur Sainte Rose* / *Communisme et propriété* / *Le père Brafort*

Artículos

1867 «Lettre au rédacteur», *La Coopération*, n.° 12, 10 de febrero / «Les fêtes coopératives», *La Coopération*, n.° 15, 24 de marzo / «Les associations à Nantes», *La Coopération*, n.° 18, 5 de mayo / «Article nécrologique à la mémoire de Grégoire Bordillon», *La Coopération*, n.° 25, 11 de agosto / «L'économiste et la ménagère», *La Coopération*, n.° 26, 25 de agosto.

1868 «L'association agricole», *La Coopération*, n.° 10, 12 de enero / «Les États-Unis de l'Europe», *La Coopération*, n.° 12, 9 de febrero.

1869 S.t., *L'Egalité*, n.° 8, 13 de marzo / «La Ligue des femmes en France», *Les États-Unis d'Europe*, n.° 5, año II, 31 de enero, y en *Le Journal des Femmes,* n.° 2, 20 de marzo / A. Léo, N. Reclus, Verdure, Lieutier, Richer: «Revendications des droits civils», *Le Droit des femmes*, n.° 2, 18 de abril.

1871 A. Léo, Buisson, Chalain, Chate, Coupery, Davoust, Dianoux, Doby, Ruet, Lanjalley, Malon, Mangold, Reclus, Rey, Sevin: «Notre programme», *La République des Travailleurs*, n.° 1, 10 de enero / «Le fétichisme», *La République des Travailleurs*, n.° 2, 15-22 de enero / «Bulletin», *La République des Travailleurs*, n.° 3, 22-29 de enero / «Vouloir», *La République des Travailleurs*, n.° 4, 29 de enero - 5 de febrero / «Les Prussiens de Paris», *La République des Travailleurs*, n.° 4, 29 de enero - 5 de febrero / «Les spéculateurs», *La République des Travailleurs*, n.° 4, 29 de enero - 5 de febrero / «Les arrivés», *La République des Travailleurs*, n.° 5, 3 de febrero / «Non, tout n'est pas fini», *La République des Travailleurs*, n.° 6, 4 de febrero / «La France avec nous» (Parte I), *La Commune*, n.° 21, 9 de abril, (Parte II), La *Commune*, n.° 22, 10 de abril / «Les conciliateurs», *La Sociale*, 10 de abril / «Toutes avec tous», *La Sociale*, 12 de abril y *La Commune*, n.° 25, 14 de abril / «Le droit commun», *La Sociale*, 18 de abril / «Pas de conciliation», *La Sociale*, 20 de abril / «La plus libérale des Assemblées», *La Sociale*, 21 de abril / «Appel aux consciences», *La Commune*, n.° 33, 22 de abril y *La Sociale*, 23 de abril / «Le programme de la Commune», *La Sociale*, 22 de abril / «[En faveur de la liberté de presse]», *La Sociale*, 22 de abril / A. Léo, A. Jaclard, S. Poirier, Buisard: «Témoignage de dévouement à la Commune», *Le Cri du Peuple*, n.° 55, 26 de abril / «Un soufflet prussien au grand orateur», *La Sociale*, 26 de abril / «Les soldats de l'idée», *La Sociale*, 28 de abril / «Les neutres», *La Sociale*, 30 de abril/ A. Léo, A. Jarry, A. Collet, E. Fallon, Gasdon, E. Reiche, M. Briffant, M. Peuriant, O. Rupper: «Appel aux femmes», *Le Cri du Peuple*, n.° 62, 2 de mayo / «Le socialisme aux paysans», *La Sociale*, 3 de mayo / «Aventures de neuf ambulancières à la recherche d'un poste de dévouement», *La Sociale*, 6 de mayo / «La révolution sans la femme», *La Sociale*, 8 de mayo / «Réponse au citoyen Rossel, délégué à la guerre», *La Sociale*, 9 de mayo / «Le complot monarchique en province» (Parte I), *La Sociale*, 12 de mayo / «Citoyens rédacteurs», *La Sociale*, 14 de mayo / «Une enquête urgente», *La Sociale*, 15 de mayo / «Le complot monarchique en province» (Parte II), *La Sociale*, 16 de mayo / «Congrès de Lausanne», *Le Réveil International*, n.° 2, 2 de octubre / «Meeting de l'Internationale», *La Révolution Sociale*, n.° 1, 26 de octubre / «Comment des socialistes honnêtes, intelligents et dévoués sont expulsés de l'Internationale de Genève», *La Révolution Sociale*, n.° 2, 2 de noviembre / «L'esprit de l'Association Internationale», *La Révolution Sociale*, n.° 3, 9 de noviembre / «Le débat survenu dans l'Internationale», *La Révolution Sociale*, n.° 6, 30 de noviembre.

1872 «L'éducation et la Bible», *Almanach du peuple pour 1872*. Ahora en AA.VV.: *Simples questions sociales*, Saint-Imier, s.f., pp. 22-26.

1873 «L'éducation démocratique», *Almanach du peuple pour 1873*, Año III.

1880 «La femme en Italie», *Ordre Social*, n.° 6, pp. 175-183.

Impreso en septiembre de 2016
en Romanyà Valls (La Torre de Claramunt)
✆ 938 011 707